

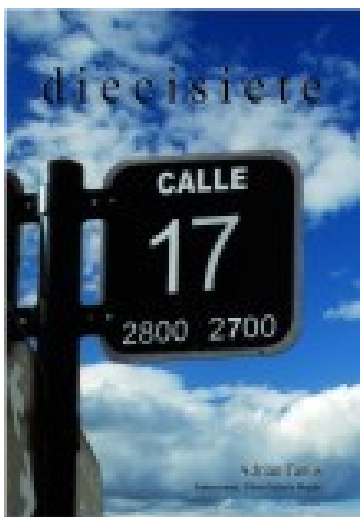
<http://tallerliterariorg.blogspot.com/>

Papirando 10 - Fútbol

ISSN 1853-0109

**Revista Literaria Bimensual de
Distribución Gratuita - Formato PDF - Año 2
N° 10 - Junio 2010
Editada por C. Pablo Lorenzo
Email: lorenzopablo10@yahoo.com.ar
Río Gallegos - Santa Cruz - Argentina**

Fotos: Silvana Torres



Fla - Flu

El árbitro señaló la mitad del campo decretando así el final del primer tiempo; una buena tregua para los corazones de las 120.000 personas que habían colmado aquella tarde el estadio Maracanã. La intensa lluvia, caída desde media hora antes de comenzado el partido, también se tomó un descanso.

Sebastián aprovechó para sacarse su remera y estrujarla por tercera vez. Le quitó toda el agua que pudo, se la puso, y sentado en un escalón decidió encender el anteúltimo cigarrillo de los que había comprado en la estación de ómnibus de Retiro, antes de salir de Buenos Aires.

Marcelo, fiel a su promesa de no fumar en el primer mes de viaje, admiraba detenidamente la brasa del cigarrillo con que su amigo saciaba ansiedades e intentaba ahuyentar el frío y la humedad que lo incomodaban.

Los nervios previos a cualquier viaje con fecha de partida cierta pero sin destino seguro ni día de regreso estipulado, ya eran parte del anecdotario. El primer pasaje, Buenos Aires-Río de Janeiro, estaba bien guardado en algún lugar de cada una de las mochilas. El sueño de acumular muchos otros tickets en aquel rincón comenzaba a hacerse realidad.

—Cerveja, cerveza - fue el grito del vendedor ambulante que interrumpió la conversación de Marcelo con una simpatizante del Flamengo, que le aseguraba por el “amor de Deus” que su equipo no iba a decepcionarla y que aquel 2 a 0 que estaban padeciendo no era definitivo.

Luzia, una morena de cabello ensortijado, confiaba plenamente en que Romario y sus compañeros harían prevalecer la supremacía que su equipo tenía

históricamente sobre el Fluminense, su archirrival.

Sebastián, de espaldas al campo de juego, observaba desde el anillo inferior —donde las diferentes hinchadas pueden juntarse— cómo en las tribunas superiores los simpatizantes de uno y otro equipo no dejaban de cantar y saltar, agitando grandes banderas. Dejó caer en un charco la colilla de su cigarro y repasó mentalmente a sus mejores amigos, que en Argentina no sabían lo que él y su ex compañero de la escuela primaria estaban viviendo: hacía una semana habían llegado a Río tras 40 horas de viaje; en el primer desayuno, para no abandonar todas sus costumbres en tan poco tiempo, Marcelo tomó el diario del día, despreció toda sección ajena a la deportiva y sobresaltado, tomando a su amigo del brazo con el que sostenía su tazón de café con leche le dijo: “Escuchá, el domingo que viene termina el campeonato carioca, el Flamengo va primero y el Fluminense segundo. Adiviná, ¿Con quién juega el Flamengo la última fecha?”

La respuesta obvia los catapultó de sus sillas y al ritmo de una desafinada versión de “Brasil, Brasil..” bailaron y dieron vueltas alrededor de las mesas del humilde hotel donde estaban alojados.

— Tomemos otra - sugirió Marcelo

— Y dale, que empieza el segundo tiempo- le contestó su amigo.

Cuando los equipos volvieron al campo de juego, los hinchas del Fla, que habían agotado dos días antes el 60% de las localidades, se ilusionaron al notar que uno de sus defensores y un volante le habían dejado sus lugares a dos delanteros.



En los primeros minutos el Fluminense se limitó a defender, pero sin la pelota y muy cerca de su propio arco. Tras sufrir dos pelotazos en los postes en una misma jugada, casi por decantación, llegó el ansiado gol de Romario y la explosión de la *torcida* rojinegra.

Cuando Sebastián se dio cuenta que había fumado su último cigarrillo, buscó con la mirada a Marcelo que, cerveza en mano, le pasó un atado de cigarros brasileños de tabaco negro y le dijo: “Al carajo con las promesas, prendeme uno”. Se rieron, se abrazaron y volcaron la cerveza propia y la de Luzia, que a esa altura iba por su vigésimo Padre Nuestro.

— ¿ De dónde sacaste estos puchos? - le preguntó Sebastián, extrañado pero con una sonrisa.

—Me los regalaron los dos cariocas que subieron al bus en Foz de Iguazú; cuando todos se durmieron me contaron que llevaban contrabando de cigarrillos y me dieron cuatro atados, así que fumé tranquilo, la casa invita - le confesó Marcelo.

El empate, que al Fla le alcanzaba para consagrarse campeón *estadual* estaba cerca, parecía inevitable. Luzia había llegado al estadio de la mano de Carlinhos, un torcedor del Fluminense que la cortejaba hacía tiempo, y presagiaba: “Gringos, o gol está próximo...”, repetía socarronamente.

Y así fue. Después de tres corners consecutivos llegó el empate que acababa con las expectativas de Carlinhos y todos sus colegas tricolores, que veían como se les escapaba de las manos la posibilidad de campeón en Río después de nueve años.

Dos escalones más abajo que los muchachos argentinos, un jovencito que se secaba las lágrimas con su camiseta del Fluminense, en cada avance del *Fla* se tapaba el rostro intentando no ver una realidad que ni Roberto Gaúcho, líder espiritual y futbolístico de su equipo, parecía poder revertir. Carlinhos, con una mano sobre su hombro intentaba consolarlo, mientras ambos aguantaban estoicos todo lo que los *flamenguistas* que los rodeaban les decían.

Los últimos diez minutos, fieles a la idiosincrasia del fútbol brasileiro, fueron de una ida y vuelta vertiginosa. Unos por deber y otros por no querer aguardar el final conformes con el empate, transformaron aquello en una ruleta rusa.

El disparo finalmente salió. Uno de los volantes del Fluminense se apropió del balón en la mitad de cancha, llegó a la línea de fondo y haciendo equilibrio sobre la raya del área grande, después de hacer tres enganches, se apiadó de todos sus compañeros, sus rivales y los asistentes, y se decidió a tirar el centro.

Romario, extenuado, estaba parado en el círculo central con los brazos en la cintura. Marcelo, que nunca pudo terminar aquel primer cigarrillo, no escuchaba como Luzia blasfemaba a todos los santos a los que les había rogado que su equipo no perdiera aquel partido. Sebastián, que por emoción y cómoda imparcialidad había gritado los cuatro goles del hasta ahora 2 a 2, se preparaba para festejar una vez más.

El joven de las lágrimas imitó al instante el gesto de Renato, que parado frente al arquero, en el borde del área chica, empujó con su barriga -amiga del alcohol y otros excesos- el balón que llegó desde la derecha, sentenciando así el 3 a 2 que lo coronó en lo personal *Rei do Rio*, y al Fluminense campeón carioca por 27º vez.

Carlinhos festejó tanto la victoria como ver a su amiga pagar la apuesta pactada tres días atrás: quien perdiera el título debía salir del estadio vistiendo la camiseta de su rival. Sebastián y Marcelo los invitaron a tomar unas cervezas en algún bar de la Avenida Copacabana. Luzia,

con el ceño fruncido miraba su nueva vestimenta e incrédula, soportaba estoica.

El muchachito, que ahora lloraba de alegría, le explicó al policía que le ordenaba que abandonara las instalaciones, que ya se iba, que sólo estaba intentando recoger todas sus lágrimas para brindar con quien quisiera alzar su copa.

Adrián Tanus

adrianmt2000@yahoo.com.ar

Del Libro "Siete y el arquero"

Ilustraciones: Eliseo Subiela (h)

Otras Publicaciones "Diesiete"





A mi hijo

Toma mi mano

Hay un tiempo de pelotas y botines
que siempre disfrutaremos a tu lado,
hay un tiempo de caminos inseguros
cuando todavía te llevamos de la mano.

La vida, hijo, es como un gran torneo,
donde sólo a veces ganamos,
encontrarás diferentes contrincantes
y no siempre te favorecerán los árbitros.

Recuerda que cuando tengas la pelota,
la decisión estará sólo en tus manos,
serás libre de elegir, y cuando elijas,
deberás ser responsable de tus actos.

Disfruta cada segundo de tu vida
igual que si te estuvieran alentando,

no te dejes caer, y si tropiezas,
te puedes levantar, toma mi mano.

Cuando puedas superar una derrota,
y el tiempo de pelear haya pasado,
cuando te ates los botines sin ayuda,
sabrás que habrás triunfado.

Cuando ya no te sientas inseguro,
y trates a los otros como hermanos,
sabrás que en el torneo de la vida
habrás ganado el campeonato.

Avísame, hijo, si te pido mucho,
avísame si te exijo demasiado,
avísame, hijo mío, y dame tiempo,
cuando quieras soltarte de mi mano.

BEATRIZ CHIABRERA DE MARCHISONE

POLÍTICA DEPORTIVA

Recupera la pelota en su campo y sale a toda velocidad, elude a uno a dos y sigue cruza la de la cancha le sale un marcador ¿ opa que cañito ! se aproxima al área le sale el golero y ... ¡ Goooool ! Corre el niño festejando, con los brazos abiertos la frente en alto y los ojos cerrados y por un momento olvida, que está solo, conmigo y un monumento, en esta plaza de Kiev, como único espectador. De reojo miré al juez de línea que tiene la bandera baja, tomo aire y ¡ p r i i i i i ! , sueno mi silbato señalando el medio campo, valiendo el gol. Mientras corre el jugador festejando en alto y los ojos cerrados, yo saco mi libreta y apunto: Dinamo de Kiev 1 , Selección Alemana 0 .

Y doy la orden de reanudar el partido. - ¡ Te juro Dimitri, yo grité aquel gol como nadie en ese estadio ! Imagínate, era la Segunda Guerra Mundial y los nazis, habían tomado toda la ciudad.

Quince días después organizaron el clásico partido: Selección Alemana contra el campeón local, mi cuadrito. ¡Y los alemanes tenían que ganar!

Aquello de la raza superior y que sé yo, además ni te digo de qué calabozo sacaron a varios jugadores. Con ese uno a cero les metimos el dedo en el culo, y no veas que malos se pusieron, hubo que aguantar la andanada: pelotas en el palo, el defensa en la línea el golero al corner, pero al final, terminó el primer tiempo y mi Dinamo ganaba uno a cero, (¿Cómo se lo digo a mis colegas ¿) pensé mientras abría la puerta del vestuario de jueces, con las palabras bien frescas de aquel capitán al frente de la ocupación : ¡ Colabore con el régimen o los fusilamos a todos !

No comenté nada con los líneas, no pude, y así doy inicio al segundo tiempo, sospechando que a los jugadores del Dinamo los habrían amenazado como a mí.

_ Podes creer, Dimitri; que el desgraciado del juez, ni bien comenzó el segundo tiempo, inventa un penal que no existió.

Pasó hace treinta años o más, pero lo recuerdo clarito, todo el estadio abucheaba y el

alemán..... la clavó contra el palo. Fue el uno a uno por regalo del juez. Comienza a nevar; pero el niño parece no notarlo y sigue jugando, solo, con su pelota en la plaza. La toma con ambas manos y la apoya en el suelo, cinco pasos de carrera y remata una suerte de tiro libre. Como el arco está en su imaginación, no se si la metió a lo erró, pero lo cierto es que a pesar del frío , tajante, se saca la camiseta y la revolea festejando el gol. (Maldición, me traiciona la costumbre y pito una falta al borde del área a favor del Dinamo; igual si lo mete se lo hago de vuelta) pensé mientras observo al jugador colocar con ambas manos la pelota en el suelo, tomar 5 pasos de carrera y rematar el tiro libre. Las cuelga de un ángulo. _ ¡ P r i i i i i p ! - Hice sonar el silbato.

Todo el Dinamo me reclama, el estadio me insulta. - Y el vendido del juez anuló ese golazo; si no lo mataban los Nazis, lo íbamos a matar nosotros y para colmo de males, comenzó a nevar; ¡pero mirá Dimitri ! , aquel jugador volvió a tomar la pelota con ambas manos y la colocó de nuevo, en el mismo lugar. La barrera se ubicó a la misma distancia, tomó sus cinco pasos de carrera y volvió a rematar el exacto y mismo tiro libre. Ese jugador, podía meterlo veinte veces más de ser necesario, y el juez no tuvo más remedio que cobrarlo. _ ¡ P r i i i i p ! - soné mi silbato validando, ahora si, el tanto, y a pesar del frío tajeante, el jugador se quita la camiseta y la revolotea festejando el gol. En un intento de calmar a los alemanes, le muestro la tarjeta roja por festejo indebido. Saco mi libreta y anota: Dinamo de Kiev 2 - Selección Alemana 1 _ ; expulsando el N° 7 del Dinamo. - Y el juez nos dejó con uno menos, pero no importó. Ese partido se jugó a muerte y mi cuadrito ganó dos a uno y ni bien termino el partido, los nazis pararon a los jugadores del Dinamo en el centro de la cancha, y con todo el estadio mirando, menos yo que me tape los ojos, los fusilaron a todos con las camisetas puestas.

No aguanto más el frío y no me explico como este niño, puede seguir jugando, solo , frente a un monumento de once tipos con una placa debajo, que no sé qué dice en ruso.



La pesadilla de Cristiano Ronaldo

Siempre, desde niño, había soñado ser futbolista y marcar muchos goles. Creció con esa idea en la cabeza y con mucho trabajo llegó a ser el mejor futbolista del

mundo y el mejor pagado. Pero esa noche, después del partido, entre el cansancio y las brumas del sueño, apareció su pesadilla.

Cristiano Ronaldo, vestido con la camiseta del Real Madrid y penetrado de lado a lado por una barra de hierro, era el delantero centro de un fútbol cualquiera.

Era delantero centro, si, jugaba en el Real Madrid y marcaría, seguro, muchos goles, pero Cristiano estaba triste. Solo lo animaban tres borrachos del bar y no había ninguna fan que lo llamara guapo.

Jorge García Borrego - gtorrego@hotmail.com



EL DIEZ

—Yo le aseguro que es tal cual apareció en los noticieros. Igual yo puedo darles detalles, cosas que no se dijeron, la historia desde el principio. Yo conocí a García desde que llegó al club.

—Sería en exclusivo, sólo para mi revista.

—Para lo que ustedes dispongan, por la plata esa que me prometieron.

—¿Y cuanto hace que usted...?

—Garribia, Domingo Garribia.

—Garribia. ¿Cuánto hace señor Garribia que es masajista del club?

—Veinte años, más o menos. Estoy desde antes del ascenso. Al principio era multiuso, masajista, utilero y hasta algunas veces ayudante de preparador físico.

—Bueno, pero no nos vayamos por las ramas cuénteme sobre García, desde el principio.

—El día que Facundo García se incorporó al club, llegó con tres pibes mas como refuerzo, los otros venían de Central Córdoba. El no tenía antecedentes. Lo habían visto jugar en el potrero de una villa del sur, creo que por avellaneda. Lo probaron, era bárbaro como diez, por ahí un poco menudo para el cuerpo a cuerpo pero que bien se las arreglaba con las gambetas y los quiebres de cintura.

Era medio raro, reacio para el masaje, solo se dejaba en las pantorrillas y nadie lo convencía de que era mejor una buena sobada en los muslos. Los directivos y el entrenador se lo bancaban por los resultados. El pibe era un verdadero crac ¿Está bien que diga el pibe?

—¿Y de que otra forma?

—Tiene razón ¿De que otra forma?

—Siga con la historia.

—A veces hay jugadores que en los entrenamientos la rompen, pero no es lo mismo en los partidos. Les pesa la camiseta, o los inhibe la hinchada, no se, cambian. Pero Facundo la rompía en el entrenamiento y la

rompió mucho más en el debut. Siempre la rompía.

Como era nuevo no lo pusieron de entrada, pero cuando íbamos perdiendo dos a cero, a los dieciséis minutos del segundo tiempo el técnico lo hizo ingresar por Galíndez, el enganche, al que ese día no le salía una. El pibe se paró en mitad de la cancha, robó una pelota al cinco contrario, miró para adelante y comenzó a gambetear. Dejó seis en el camino, esperó que el arquero le saliera y se la tocó suave por debajo del cuerpo, golazo. Los compañeros le tomaron confianza y se la empezaron a pasar. En un corner se la puso en la frente al nueve que la clavó en el ángulo derecho y faltando cinco minutos encaró a los defensores en la puerta del área y obligó al dos de ellos a voltearlo de atrás. Tiro libre, lo pateó él, directo al ángulo opuesto al arquero. Tres a dos y el primero fue el gol de la fecha. En el vestuario lo veíamos contento pero tímido. No quiso bañarse con los demás, nunca quería. Desaparecía después de cada partido.

—¿No le pareció raro?

—A mí sí, pero como jugaba tan bien todo se lo perdonábamos. Por otro lado era tan amable, tan detallista que nos ganó el corazón.

Al segundo partido lo pusieron de entrada. Galíndez quedó afuera y empezó a tomarle bronca, decía que era trolo, marica. Nadie le llevaba el apunte, el pibe se había ganado el respeto del cuerpo técnico, de sus compañeros, de la comisión y de la hinchada. Aparte, fuera lo que fuera eran cosas de él, que no le importaban a nadie, con tal que jugara como jugaba.

Ese día a Central le ganamos dos a cero, con el primero de Facundo. El otro lo hizo Pastor, con pase de él.

Como en el torneo anterior quedamos casi en zona de promoción teníamos que sumar muchos puntos para no descender. Con Racing ganamos tres a uno, con River dos a cero, a Argentinos le metimos tres. El pibe García marcaba uno o dos goles por partido. Promediando el campeonato ya era el goleador indiscutido, ¡y que goles! Sombreros al arquero, tijeras, dos veces de chilena, cabezazos desde todos los puntos del área, y los tiros libres, ¡que poemas de goles! Si parecía que acariciaba la

pelota y la convencía para que haga piruetas en el aire, combas imposibles, firuletes mágicos, todos con destino a colarse entre los tres palos.

El chico no se agrandaba, siempre humilde. Después de cada gol festejaba despacio, hacía una reverencia, como cuando los artistas saludan en el teatro, y nada mas. Daba gusto hablar con él. Siempre las palabras justas. A mí me trataba como a un tío. Para mí cumpleaños me trajo un regalo, una camisa hermosa. Siempre tenía esos detalles.

Poco a poco nos acercamos al final del Clausura. Nos hicimos favoritos. Boca tampoco pudo contra nuestro, El pibe le pintó la cara dos veces al guardameta estrella de la selección. Llegamos a la final, contra Lanús el cinco de agosto.

Ese domingo éramos locales. La cancha estaba llena. Ya desde el principio se coreaba su nombre: ¡Olé, olé olé olé Facú, Facú! Cuando el equipo salió con Facundo García como capitán la tribuna se venía abajo, era una fiesta. Jugábamos la primera final de nuestra historia. Teníamos doble resultado a favor, empatando éramos campeones.

Escuché al técnico que les decía a los muchachos que no se adelanten, que marquen en zona, que con el empate alcanza, que regulen fuerzas. Pero el Facu estaba inspirado. La primera pelota que tocó hizo una bicicleta que lo dejó frente al arco, y la puso pegada al palo, inalcanzable. Uno a cero, seis minutos de juego. A los quince apiló como a nueve contrarios y lo dejó solo al siete que la clavó en el ángulo, porque también era generoso, nada comilón. Cuando pateaba al gol era porque estaba seguro. No dudaba en ceder la pelota si un compañero tenía mejor ubicación.

En el segundo tiempo el seis de ellos le hizo marca personal, no lo dejaba moverse, lo seguía a todas partes. Quiso quebrarlo, pero Facu esquivaba los guadañazos con maestría. Los demás muchachos del equipo se desconcertaron por la inmovilidad del diez producto de su marca pegajosa. Se habían acostumbrados a que el pibe se pusiera el equipo a sus espaldas, no supieron bien que hacer. Nos empataron y nos tenían en un arco. Pero faltando un minuto Facundo tocó una pelota, solamente una y le bastó para romper la

red desde quince metros, el defensor contrario se quedó congelado por ese movimiento imprevisto. Tres a dos y el campeonato.

Estábamos eufóricos, no lo podíamos creer. Y en medio del festejo pasó lo que todos los noticieros comentan.

—Cuéntemelo con sus palabras.

—Bueno. Se lo cuento tal cual lo viví: El pibe se paró en medio de la cancha después de la vuelta olímpica y pareció querer decir algo a la hinchada. El estadio enmudeció. A mí me llamó la atención tanto silencio y haciéndome lugar me puse cerca de él. No dijo ni una palabra, pero empezó a desnudarse. Cuando se deshizo de la camiseta todos notamos un vendaje a lo ancho del pecho. Me Pidió que le tenga la punta de la venda y se desenrolló.

En ese momento todos notamos que tenía tetas ¡Tetas!

Después siguió sacándose la ropa hasta quedar totalmente en pelotas y ahí nos enteramos que era una mina. ¡Si señor, una mina! Recién en ese momento caí en la cuenta de porqué no se dejaba tocar los muslos y no se bañaba con los demás.

No sé como hizo para arreglarse en las revisiones médicas y en los papeleos, puede que tuviera algún padrino que la hizo zafar. No sé, no tengo idea.

— ¿Y usted cree que le sacarán los puntos al club?

—Sería una injusticia. El reglamento no dice nada para esos casos. Aparte, nunca antes había pasado. Además el pibe, o la piba se ganó todo lo que es. Lo mejor que podría hacer la AFA es aceptarla como jugador y darnos el campeonato merecidamente conquistado.

—En realidad no se que es lo que van a hacer, pero entre nosotros le adelanto que un club de España ofrece sesenta millones de Euros por la chica y está presionando a la Federación Española y a la FIFA para que la dejen jugar.

— Ojalá, porque es un buen pibe... digo piba.

27 de octubre de 2009

Marcos Polero

marcospolero@hotmail.com

El juez de línea bajo el influjo del efecto doppler

¡Te recontrauro que no-fue-off-side! Ese Narváez nos mandó al muere, viejo, ¡como siempre!

No, José Luis. Te apuesto el mondongo en lo de la Juana. Bajá un cambio. Es imposible que el flaco vea esa masa de delanteros desesperados que, como la frescura omnipresente que despide el congelador cuando se enchufa, viste, cuando la patrona lo enchufa después de haberlo descongelado, estos monstruos quedan de repente solos, entre el arquero y los defensores rivales. ¡Y para colmo éstos, como si el línea se hubiera trincado a sus hijas en el viaje de egresados, lo someten a una sarta de injurias que mama mía! Qué pretendés, en tan sólo medio segundo...sí, sí ya se, estás re-harto de que te digan lo mismo, que por qué carajos los de la FIFA no gastan un mango en poner dos camaritas de mierda en cada palo y a la lona. Hoy, hasta el pibe más humilde te esgracha con esos bichos que vienen en los celulares...¡la gran sietel!, y pensar que por el zapatófono del Agente 86 entregabas el borratintas, el Simulcop y todas las Supertriunfo que les afanaste a tus compañeros cuando fingiste que te dormías en el pupitre cuando sonaba la campana del primer recreo. Y no me podés negar que el línea tiene dos ojos como cualquier cristiano. Ya lo se, ya lo se, que le pagan para eso y sí, no te lo voy a negar, a los bañeros de la Bristol también y cada tanto algún turista que se hace “El guardián de la Bahía” no vuelve a la orilla. Pero yo lo vi el otro día josecito. Qué,

¿no te acordás? El otro día, cuando estábamos apoyados contra el alambrado justo detrás de él y no teníamos la menor idea, viste. Es distinto que verlo por la tele. Porque la tele te atonta, te deja boludo.

¡Qué e-xa-ge-raaaa-dooo!- se mofó José Luis mientras quitaba, del filo de un tramontina, el resto de membrillo.

Sí, ¡boludo! Te deja, bo-lu-do. Si no mirá que ya pasaron cuatro años desde que me despertaba a las cinco de la mañana para ver si las Leonas se aseguraban el bronce. Cuatro años, ¡cua-tro! Y qué pasó, ¿me preguntás? Qué todavía no logro entender

a ese maldito corner corto, entendeéeees. Ya están por empezar los nuevos Juegos y yo estoy igual, como si hubiera partido de España.

Es que en el fútbol...- se agrandó rascándose la barriga con el fin de que su argumento, ya falto de palabras, no perdiese su efectividad.

Justamente, querido. Si en el hockey hasta el pasto crece parejo, firme, como si cantaran el himno dedicándoselo al General. En cambio, el pobre línea, en el fútbol, debe estar ahí firme, haga lluvia o granice, con el aliento en la nuca de un coreano con fiebre, bancándose las señas de los delanteros frustrados que, para mitigar su bronca, llevan a cabo el gesto de la apuesta para que salir, orgullosos ante sus hijos, en el programa de la noche. Ridiculizándolos, josefo. Y vos pretendés, ¿que cobren bien?

Pero, entonces, por qué no meten la tecnología, viejo, y...¡chau manchas!. Y sino preguntale a pedrito cuando estuvo en Perpignan. En el rugby



para el partido el tiempo que sea necesario para consultarle a un jurado integrado por Dracón, Solón y Boecio, más o menos. Y marchaste. Otra que el buenudo de Lamolina. ¡Mar-chas-te! Y, por si no te alcanza, hasta en el tenis metieron eso del “Ojo de halcón”. Encima, estos yanquis, que de una papafrita te hacen un Imperio, ya le pusieron auspiciante. Y cada vez que los tenistas recurren a él, todos los que están en el estadio suspiran como si fuera el final de “Celeste, siempre Celeste”. Créeme que es asíiii. Unos genios. Ah, y para qué te voy a contar los del básquet. Los sabemos todos. En cada “A-ri-nna”, como dicen estos muchachos, da la sensación que en

el techo se encuentran apostados un francotirador por cada basquetbolista para que, en caso de que alguno ose, escuchame bien, ose excederse en su comportamiento, dejará de existir inmediatamente, tras ser desintegrado por un rayo de protones. Aunque se llame Shaquille O'Neal, Jordan o Mutombo.

Y, un poco de razón tenés, ruso. No te lo voy a negar. Sería un necio. Pero yo te voy a decir por qué se insiste tanto con un juez de línea 100% humano.

Sí, ya se, me vas a venir con esa perorata de que el fútbol mantiene su popularidad y todo eso...

No, no. Nada de eso. Yo se que el ser humano, en condiciones justas y necesarias, está capacitado no sólo para cobrar un off-side, sino para correr hasta la ciudad de Maratón, domesticar el maíz, preparar la bomba nuclear y hasta tener el tino de excusarse explicando que la hicieron para los alemanes y que se la tiraron a los japoneses.

No se, armandito. Yo pienso que con tanto Atari, tanto Pacman, nuestra retina se fue ablandando.

¡Ma' que retina! El ojo es el mismo. Lo que sucede es que andamos distraídos como unos pelotudos cogoteando, desde el auto, para verla a Araceli en ropa interior en los carteles de la Panamericana. ¡¿Y vos pretendés que un pobre pater family se de cuenta si el nazo de Palermo está en posición adelantada?! Dejate de joderrrr. Ya lo dijo el Telebeam "I have a dream", y nunca se despertó el pobre.

Es que no tenemos la cultura del Telebeam, Armando- aseguró abriendo las palmas de par en par y enarcando las cejas.

¿Pero vos acaso sabés dónde está una puta polonesa cuando el pianista somete el teclado a la automatización de sus dedos? No, seguro que no. Entonces, basta de pedirle a la tecnología que solucione lo que los de tu clase no quieren asumir.

Pero qué decís. ¿Te volviste loco?- se alteró con la indignación del que inventó el primero de los teléfonos.

Es que la agudeza de los oídos es mera exclusividad de los herbívoros, jota ele- ironizó moviendo la pera de manera involuntaria.

Sí, y yo hago saltos ornamentales...- retrucó asomándose por la ventana.

Mirá, querés saber por qué los líneas son los depositarios de los insultos- apuró al tiempo que se desabrochaba su chaleco-. Es simple, por la bendita relatividad.

¿Lo qué?- preguntó con la confusión propia del que

no sabe con cuál de todos los botones del control remoto se enciende la T.V.

Re-la-ti-vi-dad, josefo. ¿Escuchaste hablar alguna vez de Albertito?

Sí, claro: del Beto Restrepo. ¡Qué centrojás!- recordó con nostalgia.

No, no me refería a Restrepo jo-se-ci-to- se sentó colocando los antebrazos por encima de sus muslos-. Hablo del que advirtió al mundo que, si una piedra es arrojada desde un tren, la piedra, para un espectador que viaja en el vagón, describe una recta. Pero... y aquí lo más importante: para el que está en el campo mirando pasar al tren..

Sí, sí- interrumpió José Luis con movimientos eléctricos tanto de sus manos como de su cabeza.

Acordate de las pibitas de "Final del juego", si no. Bueno, ellas ven la parábola que realiza la piedra.

De qué final del juego..Yo me voy a la mierda: detesto cuando te ponés místico.

¡Clarísimo! Lo que para los hinchas es una comba o un top-spining- pronunció de manera grotesca-, para el pobre árbitro asistente es una recta.

¿Y entonces?

El tiempo negro, ¡el tiempo! El offside se cobra de manera retrospectiva al igual que un acto posterior invierte a todos los anteriores. Si no preguntale al pobre Tancredo o, si querés algo más cercano, consultá a los que votaron a carlitos...

Qué, lo que vos querés decir es que puede haber y no haber posición adelantada al mismo tiempo.

¡Exacto! ¡Capito!- se entusiasmó encabritándose a tal punto de rozar su cuero cabelludo con la araña del techo.

No te pudo creer lo que me decís- balbuceó con la fe propia del que va por primera vez a un astrólogo y le descubre alguna certeza.

Es así querido. Y sabés qué: por eso, y tan sólo por eso, el fobal es pasión de multitudes, mi viejo.

Alejandro Rostagno

roxta26@hotmail.com

Fanatismo en el fútbol

En nuestro país y también en el mundo los fanáticos se han vuelto muy bravos por lo que se están buscando medidas para contrarrestar tanta violencia. ¡Quién no aspira a transformar esta pasión de multitudes en un agradable fin de semana en familia! Yo he querido averiguar en el mismo terreno las causas de tanto desborde y opté por mezclarme con una de las barras del tablón más conocidas, donde estudié el panorama con entrevistas que inicié luego de reponerme del impacto de perder mi billetera. Me acerqué a un joven que trataba de prender fuego a una butaca y le pregunté porqué lo hacía.

- La culpa es de mi padre. El pretende que yo sea otra persona pero no lo conseguirá nunca. Messi hay uno solo. Tal vez después que incendie el estadio podamos comprendernos.

Me acerqué a otro que lanzaba ladrillos contra el árbitro preguntándole si su actitud era constructiva.

- ¡Por supuesto! ¡Qué mejor que un ladrillo para construir! Y cuando le acierte al árbitro en la cabeza podrá publicar que he construido en un espacio vacío.

- Entonces usted no le hecha la culpa a su padre por esta actitud violenta.

- ¡De ninguna manera! Es muy fácil echarle la culpa al padre, pero mi analista descubrió, tras años de infructuosa búsqueda, que la causa es otra: ¡la sobrina nieta de la prima segunda de mi madre política.

De pronto observé que un grupo de fanáticos identificó a un pobre señor que se le escapó un gritito involuntario cuando el equipo rival convirtió un gol. Como lo estaban moliendo a

golpes me acerqué y grité:

-¡Alto por favor! Estamos haciendo un estudio



sociológico para determinar las causas de la violencia. ¿Podrían explicarlo?

Uno de ellos soltó una gruesa cadena y dijo:

- Le pego porque en mi subconsciente está grabada la violencia de mi abuelo cuando despostaba reses en su carnicería.

- Yo – respondió otro – porque nunca asumí la violencia de mi maestra que me ponía de rodillas sobre un puñado de maíz.

- A mí me ocurre –confesó un grandote – que trato de encontrar las causas de mi agresión detrás de cada trompada.

Cuando cayó la policía todos fuimos conducidos a la seccional donde no pude convencer a nadie de ser periodista ya que la credencial la tenía en mi billetera ausente. Me labraron un acta donde tuve que responder a las mismas preguntas que yo antes formulaba en la cancha. Finalmente un oficial joven me consoló:

- No se preocupe. Le diremos a su madre que venga a buscarlo y trataré de interceder para que se comprendan.

Héctor Bucossi

hbucossi@yahoo.com.ar



Cosas del destino

En Villa Nueva había una bruja a quien no se le escapaba una. Muchos trataban de esquivarle la mirada para evitar conocer los malos augurios que sucederían en sus vidas. Estaban los que aseguraban que todo era cuestión de fe, que la adivina no era tal cosa y que sus presagios se cumplían por una cuestión de convencimiento del usuario. Pero también estaban aquellos que no daban un paso sin consultarla,. Si al tirarle las cartas a una dedicada ama de casa, aparecía un diez de oro, eso era cantado que una mujer rubia, más o menos joven andaba rondando el hogar. Acto seguido el marido de la crédula señora se encontraba más vigilado que un miembro de Al Qaeda en el aeropuerto. Muchos no aceptaban un trabajo, ni daban el sí a un novio, ni compraban un electrodoméstico, sin consultar a la bruja; entre ellos estaba Doña Mariela, la madre de Federico Contreras. Un mediodía de marzo, llevó a su hijo con apenas tres meses de vida, a que la bruja dibujara su futuro. Aquella noche el padre de Federico no pegó un ojo, envuelto en los sollozos de su mujer conoció el trágico destino de su hijo varón, “El corpiño será la atadura de su realización” había dicho la bruja. Don Contreras daba vueltas y vueltas tratando de entender el asunto, pero aquello significaba una sola cosa:

su hijo sería rarito. Se juró así mismo que jamás lo permitiría y desde entonces hizo todo lo posible para evitar tal desgracia. En cuanto Federico cumplió 4 años lo empezó a mandar a la única y verdadera actividad de machos de la República Argentina: el fútbol. Resultó que Federico, fue figura en el deporte provincial. Desde sus primeros años en el taller de fútbol que funcionaba en la Escuela Ramponi , mostró tener talento para atajar. Fue el arquero suceso, y la alegría de la familia cuando lo convocaron para jugar en el Club Guaymallén. El día en que un dirigente del Tomba tocó el timbre de su casa , Don Contreras no cabía en su orgullo, y fue una tarde de junio cuando se cumplió predicción de la bruja. Godoy Cruz se jugaba la promoción en la A., Huracán atacaba sin clemencia sobre un campo de juego en pésimo estado. Un recital de Arjona en el Estadio Malvinas, realizado días atrás, había dejado el pasto como si lo hubiese pisoteado una manada de elefantes africanos. El primer gol, se lo clavaron culpa de un defensor que metió el taco del botín en el orificio cavado por la pata de una silla. Desde ese instante, Federico se concentró como nunca en su vida, vio formarse a los equipos frente a él, preparados para el centro que efectuaría el rival .Pensó en su papá que seguro tenía los dedos cruzados en la tribuna. Pensó en su mamá estrujando el repasador en la cocina mientras escuchaba el partido en la radio. Pensó en el presidente del club que le había asegurado que aquel triunfo significaría el salto de su vida Adivinó la jugada y saltó decidido a atajar el violento cabezazo del jugador de Huracán. Fue entonces cuando su brazo quedó atrapado en los fuertes tentáculos del objeto del demonio. Mientras el grito de ¡Gol! seguía sonando en la tribuna, los jugadores del Tomba trataban de desenganchar a Federico de los breteles de un corpiño, que alguna fanática de Arjona arrojara al travesaño días atrás.

Carolina Fernández Gaitán

carofergai@gmail.com

INTERPRETACION HOLISTICA DEL FUTBOL

El Futbol nos da enormes interpretaciones del estudio del ser humano en el aspecto cualitativo de los fenómenos vitales como en el cuantitativo. La prescripción galileana de medir y hacer medibles los fenómenos, de representarlos en forma numérica orienta bien el cuadro de ese fenómeno que llamamos Futbol, afición y balón. También el Futbol como Mística.

La mística del Futbol se basa en el principio de causalidad, y podemos muy bien asignarle una explicación causal darwinista del polimorfismo del mundo viviente y de su organización en el sistema. También podemos considerar los fenómenos vitales desde un punto de vista finalista, en especial el ser en acto de los energúmenos que campean en los estadios, en oposición al ser en simple potencia, los sumisos.

El sentimiento de indeterminación de las masas hace que los Estados intenten aplicar concepciones totalitarias dentro de los límites de la especulación deportiva. Controlar: hay que escindir el organismo y situarle en la base de la

domesticación y represión permanente, admitiendo que sólo en los campos de Futbol, en las canchas, etcétera, la coexistencia de todos da origen a la manifestación de otra vida más espectacular.

El Futbol constituye la armazón programática de la experimentación de las pasiones en masa, suministrando una guía en el estudio de la variabilidad en otros campos de la Zoología.

Pero vayamos por partes. El Futbol dicen que lo inventaron los ingleses en su sentido actual. Y no es cierto. Desde lo oscuro de la Historia, y más en los tiempos del descubrimiento de América y posteriores, multitud de reyes, infantes y próceres castellanos, portugueses, ingleses, jugaron con las cabezas arrancadas a los “enemigos” indígenas, caníbales, ahí es nada, cuando el grado de canibalidad del Hombre occidental siempre ha sido infinitamente superior al del “salvaje”, repartiendo sus muertes en el intento de conquistar la plaza o terraplén de turno, dominando todos los muros y obras exteriores en partida de gente criminal y acabada montando cualquiera clase de cabalgadura, caballeros en burro, en una tapia, caballeros de mesnada o mesnaderos, cubiertos, cuantiosos, noveles, pardos, etcétera, en ciertas suertes de a



caballo en ocasiones solemnes como esas representadas de jinetes santos y beatos cortando cabezas de moros y arrastrándolas con las espadas, que adornan en cuadro las iglesias, las catedrales.

Las patadas había que darlas desde la frente, en este juego ecuestre, subiéndoseles los entorchados a la cabeza, jugándose la cabeza y untando el casco. Siendo el sentir del pueblo subyugado no otro que el “más valen meajas de rey que zatico de caballero”, con la cabeza blanca y el seso por venir. Así vemos a los naturales de América antes de la criminal conquista y los descendientes de aquellos indígenas no mezclados con otras razas. Y otras figuras como Salomé, la hija de Herodes Filipo y de Herodiades, sobrina y nuera de Herodes Antipas y sobrina de tercera generación de la primera Salomé, jugando por instigación de su madre Herodiades con la cabeza de Juan, celebrando el frontenis que luego harían famoso los occidentales. Atabálipa o Atahualpa, inca reinante en el Perú antes de la llegada del felón y asesino Pizarro y su gente. José Gabriel Tupac Amaru. Moctezuma. Los pieles rojas. Caupolican. Los Comuneros de Castilla decapitados en la campa de Villalar por las huestes de Carlos I, y haciendo partido de pelota con sus cabezas. Rafael de Riego y Núñez , descuartizado y decapitado y repartido en trozos por la España real. Y hoy día, el juego de decapitar de los talibanes, de los sicarios y asesinos en Yucatán, Michoacán, en Arabia, en Irak , en todo el Globo. Las carabelas de Colón, la carabela de la expedición de Hojeda, las

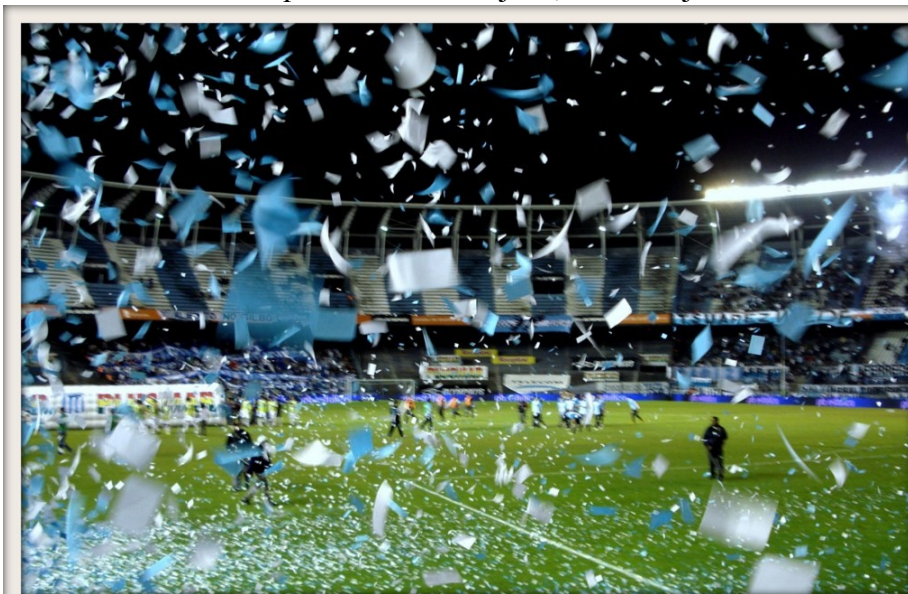
carabelas portuguesas, de Juan Sebastián Elcano, de los hermanos Nodales, de Americo Vespucio , de” los hermanos Pinzones, que eran todos unos maricones” como dice la canción popular, venían cargadas de cabezas para alegrar las fiestas y convites reales, y eran celebradas por todo el Globo.

El Globo, que es un balón. Un balón no de oxígeno sino de domesticación y subyugación., un balón que hace a los hombres más esclavos y sometidos a la ley del Comercio y el espectáculo de la miseria. La propaganda televisiva del Futbol es una nueva mística de especulación de valores. La compraventa de jugadores es el testimonio de la presencia divina del dinero. El espectáculo nada importa. Lo que importa es el grito unísono de Gooool¡ pronunciado por una caterva de energúmenos para honor y gloria de la publicidad en una pseudo metafísica cuasi teológica y nada más sujeta a las cadenas del equipo a adorar .Este hecho místico es un hecho psicológico en el cual el espectador, el forofo quiere tocar directa e inmediatamente el balón de oro o al jugador de oro. No importa que se sea borrego pasivo o salvaje activo. En este césped, en esta cancha se siente, se percibe la santidad. Y no importa que el recorrido sea largo, que no podamos felicitarnos por los resultados, lo que importa es sentirnos en este estadio de martirio y que nuestra razón ruede por los suelos en esa evolución cautiva en la que la única expresión de martirio son un “¡ árbitro, hijoputa”, “¡maricón jugador de mierda” al jugador que falló el gol, y así otras lindezas, dejando correr nuestra cabeza global a patadas,

quemando sus madejas quien no logró su traza, y en lugar de acertar y ganar, salir con daño y pérdida, consolándose de su yerro, pues los golpes, las hostias dadas y recibidas es su noche del sentido, y porque mal de muchos es gozo, volviendo a casa en sus borricas.

Daniel de Cullá

gallotricolor@yahoo.com



El Pibe

Un fragoroso trueno interrumpió su sueño y lo arrancó de la cama. Los golpes en la puerta devolvieron al Pibe al hielo de la noche, lo hicieron sentarse y descubrirse sudoroso y frío. Del otro lado se obstinaban en pegar manotazos contra la madera roída. El Pibe se puso las chancletas y arrastró las piernas hasta el picaporte.

Al abrir, comprendió. Habían pasado dos minutos desde la medianoche. El Pibe miró su cama: allí estaba él mismo, inerte, con los ojos hacia ningún lado. La muerte se le había metido en el cuerpo. Le había llegado el momento, había finalizado el contrato, aquel que cuando era pibe le habían hecho firmar de espaldas a una tarde como cualquier tarde en la villa. Él estaba en el potrero, jugando con los demás, cuando rodearon el campito un puñado de hombres, luces, aplausos bien vestidos, autos de grandes pechos y mujeres caras. El cerco se cerró sobre el Pibe y aparecieron las pelotas. Venía una pelota, de esas de primera, que se usan en el fútbol profesional, se le subía al pie del Pibe y se hacían mimos, la pelota y el pie. Y allí le ofrecieron el contrato

El Pibe no entendió nada eso de firmar, si total él podía igual, pero los muchachos del potrero y los vecinos del barrio le insistieron, por su bien, y las pelotas lo fueron seduciendo con su magia. Al final terminó por aceptar con una condición. Condición que ahora le tocaba cumplir al Pibe para resarcir lo firmado. Un último partido, a gol gana. Condición sencillísima. Si el Pibe ganaba, se rompía el contrato.

Al salir de la vieja casa se encontraron con Carlón, un viejo ciruja que había sabido tener una vinería en otros tiempos de tango y que ahora recorría las noches conduciendo un carro desvencijado. El Pibe se alegró un poco cuando el carro enfiló para la Casa Amarilla, pero aquel lapsus se transformó en resignación, en bajón, cuando el carro siguió hasta la esquina de la calle Olavarría para doblar luego y detenerse frente a un conventillo. Chistó nuevamente Carlón, de su boca floreció un silbido helado que espantó a los perros seguidores.

Por la puerta del conventillo se asomó un pibe morochito, ruliento, un pinino que no tendría más de diez años y que venía haciendo jueguitos con una naranja. El pibe se acercó al Pibe y le tendió la mano, Pelusa, se presentó, y sin soltar esa otra mano se dio vuelta y comenzó a caminar para el

lado de la Vuelta de Rocha con la naranja revoloteando entre las zapatillas y sin tocar el piso.

Cuando llegaron a la orilla del Riachuelo, el Pelusa caminó hasta un bote atado a unos metros del viejo puente desvencijado. La embarcación flotaba imperceptible en medio del olor nauseabundo de las aguas negras repletas de cadáveres y latas de gaseosas. El borrego dio un salto, desde la destartada proa desató la soga y con un gesto invitó al Pibe a subirse también. Sobre el banquito que en otros tiempos había servido para que desprevenidos turistas recorrieran el Riachuelo, el Pibe encontró un bolsito con su nombre, que guardaba un par de botines, un pantaloncito, una camiseta de frisa pintada de azul y amarillo.

Al cabo de varias horas de navegar entre las sombras, la pequeña embarcación encalló en la otra orilla y los peregrinos nocturnos comenzaron la última parte de su trayecto, aquel que los llevaría a través de vientos terroríficos, hasta La Caldera. Fue entonces cuando el Pibe escuchó muy dentro suyo que allí, en ese instante, debía abandonar toda esperanza.

El Pibe y Pelusa se quedaron petrificados al ver lo que se les presentó cuando se abrieron las puertas de aquel terrible recinto. Cuando recuperaron el aliento, emprendieron el camino final hacia el vestuario visitante. El Pibe se cambió en silencio, se tendió sobre una de las camillas y se durmió.

Cuando despertó, el Pelusa no estaba pero él tenía los botines atados. Le quedó un último suspiro silencioso antes de que comenzara a sonar por los altoparlantes la militarosa “La Marcha del Deporte”. De nuevo el remolino de niebla surgió de la nada, envolviendo la cancha, los pasillos, las tribunas. Una turba de micrófonos y grabadores enloquecidos empujó al Pibe, como si fuera un animal lo arrastró hasta la boca del túnel, donde se asomó y pudo ver un espectáculo pavoroso. Las populares se encontraban repletas de toda clase de padecimientos, barrabravas se atacaban a mordiscones entre sí y eran constantemente perseguidos por policías montados que repartían espadazos. En las plateas, familias enteras con las cabezas torcidas eran mordidas por serpientes. El foso estaba lleno de aceite hirviendo y alcanzapelotas que se retorcián por las quemaduras. En las cabinas de transmisión, cientos de periodistas leprosos aullaban presas de una sed que les impedía pronunciar palabra alguna. El campo de juego estaba invadido por un

penetrante olor a azufre.

El Pibe caminó hasta el círculo central, donde se encontró con un viejo chaparrito conocido, que lo esperaba para el sorteo. De la boca del túnel salió el resto del equipo: nueve cuerpos humanos con cabezas de perro y pies de elefante, y un monito ataviado con ropas de arquero.

Del otro equipo se acercó Asmodeo. El Pibe, inteligente o resignado, lo dejó elegir, y a su equipo le tocó el arco ubicado de espaldas a la popular local. Los dos equipos se acomodaron y el árbitro dijo “a gol gana”, y pitó. El Pibe se había olvidado de la cláusula del contrato y se acercó al cuervo para protestar, y Satanás, que más sabe por viejo, jugó simple, como era antes: win derecho-centro atrás-medio gol. Asmodeo tocó corto para Belcebú, que sacó un pelotazo largo para el pique en profundidad de Juan sin Ropa, quien encaró por afuera ante la salida de un perro y ganando en velocidad la puso llovida sobre el área, un poco pasada, triangulando con Astaroth, que picó desde atrás para cruzarla al segundo palo, de sobre pique, con un frentazo que le sacó chispas al arco ante la mirada atónita del arquero siguiendo la trayectoria de la pelota, hasta que finalmente el esférico se fue por línea de fondo, cuando el encuentro todavía no había alcanzado ni diez segundos de juego.

El monito fue a buscar el balón al foso y naturalmente, salió chamuscado. Tal vez por eso cuando fue realizar el saque de meta, resbaló y se cayó sobre restos de su propia carne quemada. Lo dramático fue que alcanzó a rozar la pelota, pero con tanta mala suerte que se la dejó servida a Leviatán, quien la bajó de pechito y la levantó, de emboquillada, por arriba de los dos perros que hacían stopper en la última línea. Con el arco libre, las tribunas adelantaron el grito de gol. Entonces el Pibe silenció al estadio. Nadie supo como, pero el capitán visitante la había mandado agónicamente de cabeza al córner, colgándose con una mano del travesaño.

Mientras todos forcejeaban en el área, el Pibe tuvo un presentimiento y corrió hacia el primer palo. Le vino combada al pecho, un sobrepique envenenado con efecto que casi se le metió, pero alcanzó a poner la mano pegada al pecho. Fue penal, pero Judas se le cruzó en ese instante al cuervo y todo el mundo vio la falta, menos el hombre del pito en la boca. Azrael se le fue encima con los tapones de punta, pero el Pibe hizo un sombrerito en el área chica y salió con pelota dominada a toda velocidad. Bruto lo cruzó con

una tijera a las rodillas pero el Pibe le hizo un caminito, lo dejó pagando, y arrancó otra vez con la pelota atada al pie. Con un pique corto dejó atrás a dos y cruzó la mitad de la cancha. Encaró a Casio, que lo barrió, o quiso, porque el Pibe enganchó, la pisó y lo hizo pasar como colectivo lleno. Casio se recuperó y se le fue nuevamente encima, y el Pibe la volvió a pisar, se la pasó entre las piernas y encaró hacia el área. Se le empezaron a cruzar y él los esquivaba. Uno, dos, tres, un quiebre de cintura tras otro, le pateaban los tobillos, las pantorrillas, pero seguía. Cuatro, cinco, seis, y se dispuso a entrar al área rival.

Pisó la línea y lo bajaron. Eran tres, le pusieron una plancha en cada gamba, una paralítica y de postre, un tortazo en medio de la jeta. Fue un penal más grande que una casa, pero el marrano de luto que contaba con la complicidad de la televisión cobró pero marcó afuera..

El Pibe se levantó como pudo. Trató de ponerse de pie rápidamente, y reaccionó a los gritos porque uno de los perros, el que jugaba de win izquierdo y se había pasado todo el tiempo aspirando la línea de cal del lateral, estaba acomodando la pelota como para darle fuerte. El Pibe garroneó la redonda, discutió con los perros, se la puso abajo del brazo y buscó un pastito elevado para acomodarla. Al levantar la vista, pudo ver al Señor de las Tinieblas, que armaba la barrera. Saliéndole el pecho del hielo que cubría el área chica, Lucifer vociferaba a tres bocas.

El Pibe respiró profundo, tomó carrera y la acarició suavemente, dándole una sutil comba.

Entonces, Satán agitó las alas que le salían por debajo de cada rostro, produciendo un viento mortal que heló la noche. Descargó su eterna furia en lágrimas sanguinolientas y se aprestó a dar por finalizada la pauta del contrato enviando a sus fauces el esférico...

Se aprestó, no más. Apenas había flexionado las rodillas y alcanzó a ver como se le metía justo en el ángulo inflando la red. Miró lleno de ira y de terror hacia la barrera. Todos estaban dados vueltas, de frente al arco, contemplando la maravilla.

Con una sardónica expresión infernal, Astaroth le susurró a Belcebú:

-Impresionante, che. Impresionante.

El Tío Carril - eltiocarril@hotmail.com

<http://eltiocarril.wordpress.com/>

El día que entendí de que se trataba el fútbol.

El día que entendí de que se trataba el fútbol, no fue observando un partido internacional plagado de grandes estrellas que cobraban una millonada. Tampoco se trataba de un partido mundialista, ni de un clásico entre acérrimos rivales. Es más, los equipos ni siquiera pertenecían a una liga profesional.... pero había algo muy importante esa tarde en juego: "La dignidad".

Yo tenía nueve años por esas épocas y vivía en la ciudad donde aún resido actualmente. Una ciudad que con el perdón de la expresión come, caga y respira fútbol.

El fútbol acá lo es todo. El deporte por excelencia, el que más amores y odios despierta, relegando a todas las demás disciplinas deportivas a un segundo plano. Y a pesar de que mi ciudad se paralizaba, dividiendo su corazón en dos el día que pugnaban los auriazules del barrio de arroyito, con los rojinegros del parque independencia; del partido que voy a hablarles ahora, es de mucha menor trascendencia, pero no con menor historia y pasión.

Corría el año 1996 y yo esperaba en casa ansioso la llegada de mi viejo, que me había prometido ir a presenciar un match de la liga de la ciudad.

Para mi viejo el evento había perdido importancia porque en realidad pensaba llevarme tres fechas atrás, cuando nuestro equipo (en el cual mi tío Gerardo era el Director Técnico), estaba todavía con posibilidades de pelear el campeonato local.

Papá quería que sintiera la adrenalina de una gambeta vertiginosa, la euforia de la hinchada y el sabor en la garganta del néctar de gritar un gol en vivo y en directo. Porque aunque había tenido la oportunidad de vociferar con la gambeta etílica del negro palma, o con la genialidad del Polillita Da Silva, verlo por la tele era distinto. Tenía un sabor diferente o mejor dicho no tenía sabor. Era gritarle a un aparato palurdo y bobo, y no podían apreciarse las caras de desasosiego de los rivales, el júbilo incontenible de los nuestros, ni estaban todas esas cuasi

indescriptibles sensaciones que se viven cuando el terreno de juego está frente a nuestras narices.

Pero el viejo había perdido el entusiasmo, porque sabía que en ese partido de seguro no gritaría ningún gol, o por lo menos no de los nuestros.

Para que ustedes puedan comprender que significaba esto y como mi padre sabía de antemano que un gol de nuestros muchachos era prácticamente imposible en esa última fecha, debemos remontarnos a aquel desafortunado partido tres fechas atrás (al cual mi padre no había podido llevarme por inconvenientes laborales), en el que la suerte del equipo se había torcido.

Faltaban menos de dos minutos para que termine el encuentro más lo que adicionara el colegiado. El cabezón Rinaldi, goleador indiscutible de nuestro equipo y del torneo con quince conquistas en diecinueve encuentros disputados, dirigía un contragolpe letal por territorio contrario con el arco entre ceja y ceja, tras un pase milimétrico que el Tero DiCarlo se había animado a perpetrar de rabona. Rinaldi se movía con una gracia felina, muy rara entre los nueve de área, por lo general pesados y toscos. Pero era esa seguridad en sí mismo que le brindaba la buena racha de este torneo, la que le permitía darse el lujo de hacer cosas más osadas, que sino de seguro dejaría para jugadores más dotados como el Tero Di Carlo o el Oreja Giménez.

Al verlo encarar solo para el arco, el dos de ellos, un negro grandote de esos que imponen respeto y no se ponen colorados a la hora de reventar pelota, tobillo o ambos; le salió al cruce enardecido. El cabezón lejos de amedrentarse miró para su derecha y lo vió al pichón Gentiletti escalando a toda velocidad por la banda paralela por detrás de todos. Ladeó con parsimonia el cuerpo hacia la izquierda como para soltar la pelota hacia el medio y dejársela a Gentiletti que venía muy retrasado. El negro se vio venir la estratagema del goleador e intentó clavar los tapones en el piso en vez de en la pierna de su rival, con intenciones de frenarse en seco. Pero la inercia de sus carnes pesadas lo

hicieron patinar. Y ahí el cabezón Rinaldi que como dijimos estaba agrandado, arrastró la pelota con la cara interna y enganchó para afuera. El negro pasó a su lado como colectivo lleno, intentando manotearlo desesperadamente como un crío que ve escapársele la sortija del carrusel por enfrente de sus ojos.

Para el arquero rival que veía a Rinaldi corriendo de frente, le parecía más que el zaguero de su equipo estaba saludando al nueve, que se iba de viaje. Un viaje con destino de red.

Rinaldi seguía su trayectoria solito, seguido de cerca por Gentiletti que se había sumado al ataque y ya se le había puesto a la par.

Los nervios del guardameta se habían crispado, y su sangre se había helado al escuchar el ensordecedor grito de "¡Oleee...!", de la hinchada local.

Viendo a los dos jugadores rivales encaminados al arco y sin más recurso que su propia anatomía para detenerlos, sintió como se le venía la noche. El lungo arquero tragó saliva, y cuando el cabezón puso un pie en el área grande, salió corriendo agazapado a cortarle el ángulo de tiro, pero resignado a que el nueve la descargue a su compañero y la caída de su valla sea completamente inevitable.

El pichón Gentiletti se había abierto ya a la derecha para recibir la habilitación, pero el cabezón todavía no se deshacía de la pelota. La gente ya estaba impaciente y los dientes comenzaban a limarles las uñas. Todos sabían que ese gol sobre la hora, le daría al equipo la punta del campeonato faltando jugarse solamente dos fechas. Pero el cabezón Rinaldi no parecía comprender aquella taquicardia del hinchas y quiso darle al desenlace de la historia un suspenso innecesario. Continuó con el balón dominado entre los pies adentrándose en el territorio del portero, haciendo oídos sordos a los gritos desesperados de Gentiletti, que más que un pichón parecía un ave de rapiña enfurecida cacareando a todo pulmón, aleteando y haciendo todo tipo de gesticulaciones: —¡Acá Cabezón!, ¡Estoy solo!.... ¡Largala Cabezón y la put.....!

Pero Rinaldi se había empachado de gloria, volvió a amagar a tirar el pase al medio y enganchó de nuevo sin variar el repertorio hacia afuera. El arquero que había visto el engolosinamiento en los ojos del goleador se acuclilló y se lanzó de trompa sobre su derecha. Pero el enganche de Rinaldi había sido largo y llegó tarde, quedando despatarrado cuan largo era en la puerta del área chica.

La hinchada local suspiró, pero sin dejar el nerviosismo de lado. Rinaldi se tomó el tiempo para acomodarse de derecha sin nadie que se opusiera ya a su remate. Pero en ese momento, cuando la sonrisa picarona se dibujaba en su rostro a sabiendas que acababa de calzarse el disfraz de héroe, el arquero lanzó un último y desesperado manotazo de ahogado que alcanzó a rozar el tobillo del goleador. Un roce suficiente para cambiar el rumbo de su pierna, que chocó torpe contra el pie de apoyo y lo hizo tastabillar.

Habiendo perdido el equilibrio, Rinaldi se arqueó en el aire y fue a dar de jeta contra el piso.

¡Penaaaaaaaal! Gritaban desaforados desde el banco de suplentes local, y ni lerdo ni perezoso Camilo "el sargento" Corrales, pitó estridente el silbato y señaló con su brazo derecho el punto de los doce pasos sin siquiera dudarlo.

La gente en las tribunas se agarraba la cabeza y se abrazaba loca de contenta como si el gol hubiese sido un hecho. Por otro lado los escasos cuarenta hinchas visitantes se aferraban a la leve esperanza de retornar a casa con el arco en cero y un punto que tenía para ellos sabor a victoria.

A momento de elegir al ejecutante todos abrieron paso a Rinaldi, que avanzaba impetuoso con la pelota ajustada entre el brazo derecho y el torso. A pesar de que su osadía podía haberles costado el partido, era sabido que al cabezón Rinaldi esa no se la sacaba nadie.

Mientras los jugadores rivales pecheaban al árbitro discutiendo en vano la sanción inobjetable de la pena máxima y la expulsión

del guardameta por la ley del último hombre; Rinaldi colocaba el balón con firmeza sobre el punto del penal. Se veían la determinación y la confianza inundando su rostro. Sus ojos pensativos pero seguros elegían sobre que gajo de la número cinco depositaría la punta de su botín derecho para terminar de meterse a la hinchada en el bolsillo e ir a celebrar con ellos trepándose a lo más alto del alambrado.

Gentiletti, que era el capitán, se encontraba recibiendo las directivas del entrenador, que iría luego a transmitirle a Rinaldi.

El DT rival tramitaba mientras, el cambio de un volante por el arquero suplente, a quien el resto del cuerpo técnico adoctrinaba sobre cómo reaccionar ante el disparo del goleador.

El inexperto arquero no tenía porte de héroe y más de uno de la hinchada local se rió al verlo persignarse antes de la ejecución del Penalty.

El pichón Gentiletti se acercó al trote mientras Rinaldi recibía las últimas palmadas de confianza de sus compañeros sobre sus espaldas y le dijo en seco:

— “Dice Gerardo que lo asegures. Que le pegues fuerte abajo como vos sabés”.

— ¡Vos fumá pichón, que hoy festejamos todos en la cantina del club! — Sentenció petulante Rinaldi.

Gentiletti hizo un gesto de ofuscado, que dejó pensando al goleador, dio media vuelta sin siquiera desearle suerte y empezó a caminar con paso lento hacia la línea de cal del área junto con el resto de sus compañeros. Rinaldi volvió a observar el balón y en ese momento le pareció oír un susurro que escapaba entre los dientes de Gentiletti.

– ¡Ojalá que termines comiendo solo esta noche morfón!

No estaba seguro de haberlo oído. Dudaba si su subconsciente le había jugado una mala pasada o qué, pero esas palabras lo hicieron entrar en razón de lo que se estaba jugando en aquel penal. Entendió que su compañero estaba disgustado por el pase que habría sellado el resultado del partido, pero que él había obviado en búsqueda de la consagración personal.

Su cara había cambiado por completo. Comenzó a sentir el peso de toda la hinchada sobre sus hombros como si de un peso físico se tratase. Soltó las manos de la cintura y las dejó caer flojas a ambos lados de su cuerpo, y sin darse cuenta su pecho se había desinflado. El gigante se había transformado en un alfeñique en cuestión de segundos, e incluso el arquero suplente pudo notarlo.

En el peor momento de su búsqueda introspectiva por encontrar a aquel muchacho impertinente al que nunca se le achicaba el arco, al rompe redes que había llevado al equipo a pelear el campeonato, el silbato sonó furioso como un judas traidor.

Sin recordar haberles dado la orden, sus piernas se pusieron en marcha de manera mecánica en dirección al balón. En ese entonces supo que tendría que poner todo en ese puntapié. Cerró los ojos, afirmó con seguridad la pierna izquierda a un costado del balón mientras su botín derecho se elevaba para convertirse en el martillo que en una milésima de segundo golpearía el cuero de la número cinco enviándola directo a la gloria.

Sintió la fuerza del impacto embeber de lleno la superficie de su empeine, y de inmediato supo que algo no había salido del todo bien.

Abrió los ojos de golpe y vio como el balón salía despedido con fuerza en dirección al arco, así como también varios bodoques de tierra, que antes del penal formaban parte de la cancha. Pudo ver en cámara lenta como el balón se elevaba por sobre las manos del arquero, que intentaba estirarse en un esfuerzo sobrehumano para desviarlo.

La pelota franqueó al portero, pero fue a dar directamente en el transversal, proclamando un frío ruido metálico. El arco entero se estremeció tras el chute y la pelota escapó despedida en dirección a las nubes. No conforme con haber golpeado una vez contra el travesaño, la caprichosa volvió descender sobre él y tras quitarle la respiración a todo el estadio, optó por caer en las manos del asustado arquero suplente que se encontraba ya abatido en el suelo. Este la recibió como con los brazos abiertos, como si fuese un regalo del cielo, y se quedó unos segundos abrazándola atónito con la mirada perdida

entre las nubes, emitiendo una inaudible pero apreciable plegaria de agradecimiento al Barba que desde arriba le estaba haciendo un guiño.

Rinaldi cayó de rodillas tomándose la cabeza con ambas manos. Los jugadores del equipo contrario corrieron a abrazar a su arquero como si su oración antes del disparo hubiera producido el milagro.

Sin dar crédito a lo que veían sus ojos, el goleador se incorporó escuchando el rugido de la hinchada que coreaba su nombre:

iRinaaaaaldi, Rinaaaaldi, Rinaaaaldi!

Tardó unos segundos en poder salir del sopor, solo para darse cuenta que los que cantaban no eran los suyos, sino las cuarenta almas enardecidas de la parcialidad visitante.

El silencio condenatorio de sus compañeros y de la hinchada local eran el peor castigo para el nueve, que pese a intentarlo con todas sus fuerzas no podía despertar de la pesadilla.

Por al lado suyo vio pasar al pichón Gentiletti que le palmeó el hombro y le dijo con tono socarrón:

— Te dije boludo que me la tocaras a mí. — Y tras decir esto sonrió y regresó a su posición al trote.

Una furia volcánica había inundado el cuerpo del goleador, que inexplicablemente salió corriendo y ante la sorpresa de todos se despachó a las piñas con su compañero.

La trifulca entre los dos baluartes del equipo local duro apenas unos segundos, pero en la retina colectiva de la hinchada pareció una tortura eterna. La sorpresa le dio paso al terror descontrolado al momento que el referí se plantó delante de los dos contendientes (que por fin habían logrado ser separados por otros jugadores), y dirigió sus dedos rugosos hacia el bolsillo que se encontraba en el pecho de la gastada chomba negra.

La tarjeta carmesí brotó impía de aquel doblez de tela cosida, y fue a parar implacable frente al rostro de ambos. Así nuestro equipo perdía a sus dos jugadores más importantes faltando dos fechas para la finalización del torneo. El encuentro finalizó con los arcos en cero y sin más sobresaltos.

Con los ánimos menguados, los jugadores dirigidos por mi tío, fueron vapuleados al partido siguiente de manera impensable por el penúltimo de la tabla cuatro a uno.

El panorama no podía presentarse más desolador cuando al momento de ingresar cabizbajos en los vestuarios, se enteraron que el equipo del barrio vecino y eterno rival acababa de ganarle dos a uno al puntero, y asomaba como posible campeón.

Los blanquiazules rivales acérrimos de toda la vida jugaron su último partido con posibilidad de campeonato contra un equipo mediocre que habitaba casi siempre el fondo de la tabla de posiciones, de manera atroz. A decir verdad, durante todo el primer tiempo se lucieron con un juego que los viejos comparaban con el de la naranja mecánica del setenta y ocho, pero al momento de dar la estocada final, los delanteros se cansaron de marrar goles inerrables. Y así se fueron escapando los primeros cuarenta y cinco minutos con las redes vacías.

Durante todo el período transcurrido en el campo de juego tras el receso, las cosas cambiaron de manera radical.

Sabían que con la victoria ya no dependían más de nadie, por lo que consideraban al empate un resultado miserable.

Con el pasar de los minutos veían como el campeonato se evaporaba frente a sus ojos, de la misma manera que lo habían visto los nuestros en la fecha anterior. Y con la desesperación llegaban las patadas burdas, los pases a la nada, los saques de banda mal ejecutados y todo tipo de deslices. El equipo rival viendo como los punteros del campeonato se desmoronaban, decidió por primera vez ir al ataque, y en una contra torpe y deslucida logró enviar por fin un centro al área. El nerviosismo y la tensión hicieron que el seis y el arquero fueran al mismo tiempo por la pelota, y la falta de comunicación que chocaran bruscamente dejando el balón a merced de uno de los delanteros contrarios, que sin dudarlo, de un puntazo seco la mandó a dormir a la red.

Y así llegamos hasta esa última fecha del campeonato local del noventa y seis. Fecha

en la cual los alicaídos muchachos del tío Gerardo, sin el ególatra de Rinaldi, ni el envidioso de Gentiletti, definirían al campeón. Sí, paradójicamente el último encuentro de nuestro equipo, sería contra los Toritos de la avenida Sorrento, que estaban a un punto de nuestros eternos rivales del barrio vecino.

Para pena y llanto de los blanquiazules, la victoria de los toritos sobre nosotros los consagraría campeones indiscutidos del torneo, e increíblemente el empate en cero también lo haría.

Ustedes se preguntarán cómo es eso. Bueno, la historia se remonta al campeonato del noventa cuando todavía en caso de que dos equipos que terminaban en la primera posición del certamen con la misma cantidad de puntos, debían disputar un partido definitorio.

En el mencionado campeonato, dos equipos debieron resolver el título de esta manera, pero el día del partido, las hinchadas obviaron el deporte y decidieron definir la contienda a los golpes, en lo que la prensa describió como: "Una verdadera batalla campal".

El encuentro debió postergarse, y la batalla campal volvió a repetirse en tres ocasiones diferentes, declarándose nulo el campeonato de ese año.

Para evitar este tipo de desmanes y que el trono vuelva a quedar vacante, los dirigentes de la liga decidieron cambiar las reglas.

Desde entonces, lo que sucede con la liga de esta ciudad, es que al finalizar dos equipos punteros con la misma cantidad de puntos (Tal sería el caso si los toros empataran con nosotros en esa última fecha), se designaría campeón al equipo que más goles a favor tuviera marcados durante el campeonato (y debo recalcar que los toros superaban por amplio margen en goles a los blanquiazules).

Los dirigentes e hinchas de nuestros rivales (los Blanquiazules del viaducto), expulsaban espuma por la boca producto de la bronca, teniendo la certeza inequívoca de que los nuestros irían a menos contra los toritos por la sola razón de empañarles la fiesta. Es más, sabiendo que con el empate no quedarían tan expuestos al ridículo, era de seguro que ese

sería el resultado final del encuentro.

La dirigencia blanquiazul a sabiendas de que la eterna rivalidad que los enfrentaba con los muchachos del tío Gerardo, daría lugar a un acto tan ruin (como lo era sin lugar a dudas la entrega en bandeja de un partido); elevó un pedido a la ARF, en el que exigía le garanticen la transparencia del encuentro. Amenazando con filmar el partido y llevar las evidencias en caso que existan (ante un tribunal de justicia), de que nuestro equipo hubiera literalmente vendido el partido.

Para esta complicada tarea, la Asociación de Fútbol Rosarino había designado a su hijo pródigo, que se encargaría de certificar la veracidad del encuentro.

Florencio Pérez, era un carnicero morrudo de la zona sur, de mirada penetrante y con la estatura suficiente para hacerle sombra al más lungo. Decían las buenas lenguas que era un tipo imparcial y de semblante rudo que gustaba de seguir las jugadas de cerca y hacerse respetar.

La idea de la ARF era evitar todo tipo de sospecha, así como las quejas por ardid y conspiración que podrían argüir los directivos del equipo blanquiazul, sumiendo a la liga en un verdadero escándalo mediático. Por lo tanto, era de conocimiento público que el referee tenía la facultad de declarar nulo el encuentro y quitarle puntos a ambos en caso que le dieran motivos.

Nos acercábamos al predio y la tensión y el nerviosismo ya podían palpitarse en el aire.

Ingresé de la mano de mi padre entre asustado y sorprendido. Pedíamos permiso desesperados para encontrar ubicación antes de que Florencio Pérez diera el pitazo inicial. La canchita de nuestro equipo era modesta pero tenía un césped envidiable y hace poco habían terminado de instalarle unas tribunas de madera para unas cincuenta personas, que solían ocupar los socios vitalicios y algunos comerciantes acomodados de la zona. En esa ocasión, los visitantes habían traído más gente que los locales, con intenciones de dar la vuelta olímpica y celebrar el campeonato. Un campeonato que de seguro celebrarían ambas hinchadas, cada una a su manera.

Los bombos de la hinchada vecina hacían temblar el suelo y lo mismo hacían las bombas de estruendo con el cielo. Las banderas con leyendas de victoria y en homenaje a viejas glorias de la institución estaban a la orden del día, y en ese momento me dio la impresión de que si intentaban meter un alfiler ahí, no encontraría espacio.

Nuestro lazo sanguíneo con el entrenador, nos había conseguido a papá y a mí un lugar preferencial cerca del banco de suplentes. El viejo me había agarrado de la cintura con firmeza, pasado por encima de sus hombros y depositado despacito sobre ellos. La vista era inmejorable. Los veintidós gladiadores ya se encontraban en el terreno de juego y Florencio Pérez tras intercambiar unas palabras con los capitanes de ambos bandos, dio el tan esperado pitazo inicial.

La pelota comenzó a rodar, y con ella las ilusiones de tres barrios.

El primer tiempo ofreció alguna que otra emoción de la mano del Tero DiCarlo, que manejaba los hilos de nuestro equipo. Después hubo dos o tres cañonazos de afuera del área del nueve de ellos que nuestro arquero pareció sacar con la vista, y nada más.

Yo era pequeño en ese entonces y el fútbol me causaba más la impresión por lo que provocaba en mi padre y otros hombres mayores que yo veneraba, que por otra cosa. Y ese espectáculo que estaba apreciando ahora no era para mí nada del otro mundo.

Más allá del colorido de las hinchadas no hubo mucho que ver, y comencé a entender sin darme cuenta aquella frase despectiva que profería mi abuela, cada vez que los encontraba a mi viejo y a su marido paralizados frente al televisor: "No sé cómo pueden estar tan embobados viendo a esos veintidós marmotas corriendo atrás de una pelota".

En el entretiempo los hombres se reían y hacían bromas acerca del campeonato que perderían sus acérrimos rivales. Los más jocosos se estaban relamiendo, mientras daban rienda suelta a su imaginación para crear las más perversas cargadas que

atormentarían a los blanquiazules tras su pérdida del campeonato.

El clima en la tribuna era jovial y distendido, pero yo sentía los hombros de mi padre entumecidos por mi peso sobre ellos. Mucho tiempo después entendí que el peso que sentía, no era para él físico, sino moral.

Le pedí que me bajara y comencé a observarlo todo desde abajo. Esos tipos de ahí estaban nerviosos. Sabían que a pesar de poder burlar a su rival, estaban sacrificando el orgullo.

Pero la paradoja estaba en que si su rival de toda la vida se consagraba campeón por una victoria nuestra, sería imperdonable. Así que aquellas bromas solo servían como consuelo a la indignación que sentían por ello.

El segundo tiempo comenzó y se pareció más a un partido de tenis que a un encuentro futbolístico. Los once de ellos estaban de su lado del campo y los once nuestros del nuestro divididos por una red imaginaria. La pelota viajaba por el aire de un lado a otro como si fuera una bomba a punto de estallar que nadie quería. La hinchada de los toritos vitoreaba y celebraba como si su equipo estuviera dando cátedra, cuando en realidad solo hacían volar el balón hacia nuestros defensores, que la devolvían con el mismo entusiasmo, dejando en evidencia el pacto tácito que ambos equipos habían firmado antes de comenzar a jugar.

El sabor a empate arreglado comenzó a molestar a Florencio Pérez, que con una mirada les dijo a los directores técnicos de ambos equipos que si esto no cambiaba no tendrían nada para celebrar. El partido se había tornado insufrible y yo jugaba con un vasito de coca-cola vacío convertido por mi imaginación en una nave espacial. Mi padre me miraba de reojo y se sentía decepcionado del equipo y del partido al que había elegido traerme, pero había prometido llevarme sí o sí a la última fecha de local, y promesas eran promesas.

Le hubiera encantado traerme a un match en el que los muchachos del equipo para el cual él había dejado sangre sudor y lágrimas de joven, hicieran lo propio. Quería que me

contagiara de aquellos colores y así pudiéramos compartir la misma pasión. Pero también era fanático, y como todo fanático odiaría ver campeón a sus enemigos jurados.

El tío Gerardo le dijo al Tero que pidiera la pelota y la jugara por el piso, y que hiciera lo que sabía. Pero eso “que tenía que hacer” implicaba por nada del mundo atacar o meter un gol en el arco vecino. Pero así como el Tero Di Carlo era un gran jugador, era por el contrario un actor pésimo. Y cada pelota que perdía de manera aparatosa o cada pase largo que malograba a propósito, eran una evidencia más en el video que filmaban los dirigentes del Blanquiazul como prueba para llevar a la AFR.

Para evitar el desastre, mi tío decidió sacarlo faltando quince minutos para finalizar el encuentro.

Yo estaba relegado atrás resoplando de aburrimiento con el vasito/nave espacial en mano. De repente un tipo que pasaba entre la gente atolondrado me propinó un codazo que hizo se cayera mi improvisado juguete.

El vasito rodó por el suelo y fue a parar justo sobre el botín de uno de los jugadores que calentaban cerca del banco de suplentes.

Era un adolescente flacucho de cabeza redonda y pelo cortado al ras. Su torso tenía el ancho y la contextura de un palo de escoba, y con la ventisca que se había levantado, la camiseta parecía flamearle como una bandera pirata.

Llevaba los botines desatados y las medias amotinadas en el tobillo, me miró con sus ojos rasgados y se rió. Llevaba en su espalda el número veinte. Lo observé intrigado arrastrar mi nave espacial con la suela del botín y subirla suavemente sobre el empeine. Comenzó de pronto a hacerla rebotar en el aire sin dejarla caer. Le daba golpecitos con las rodillas, con el empeine y con el talón haciendo ver esa odisea como si fuera lo más fácil del mundo. El era un ilusionista y yo un niño asombrado ante su espectáculo. Al poquito tiempo la voz rústica y agrietada de mi tío rompió nuestro trance.

¡Dale chino, apurate la que te parió...! Profirió y enseguida me di cuenta que se refería a

aquel muchacho que hace unos segundos me había alegrado la tarde con su improvisado show de malabares.

A los pocos segundos lo vi agazapado al lado del tío Gerardo que le daba las indicaciones, mientras él se ataba apurado los botines. El tero Di Carlo por su parte demoraba su salida haciéndose el rengo, y los aplausos de la tribuna visitante no tardaron en descender sobre él.

“El Chino” (Como lo había llamado mi tío), parecía un cachorro juguetón, al que su dueño amagaba con lanzarle una rama con intenciones de que salga atolondrado a buscarla.

Mientras el tío Gerardo le decía con firmeza y solemnidad:

“Entrá tranquilo y manejá la pelota que vos sabés. Llévala para los laterales y aguántala ahí. Hacé correr el reloj y no hagas boludeces que falta poco para que termine”, el chino asentía con la cabeza, pero su vista estaba clavada en el balón como si su movimiento lo obsesionara.

Al momento de entrar al campo de juego se dio un efusivo abrazo con Di Carlo, y ni bien lo vi poner un pie sobre el césped supe que el partido había cambiado por completo.

La primera pelota que tocó arrancó unos aplausos furtivos y algunas carcajadas en la tribuna local.

El esférico corría furioso tras un pase de puntín que el lateral derecho le alcanzó exigido, y el chino amansó de prepo bajo la suela del botín izquierdo. Tras mirar adelante y encontrarse solo, la deslizó despacito por entre las piernas torpes del cinco de ellos que se lo venía a comer, y luego la fue a buscar a espaldas de este, que ya dejaba ver en su ceño fruncido un deseo de venganza.

Las apariciones del chino fueron esporádicas de ahí en más. Hasta que por error, un defensor rechazó mal de cabeza y dejó picando cerca del área rival un balón perdido. El chino la agarró de volea, y la pelota se fue besando el vertical derecho del arquero. Así les había avisado a todos que él tenía otros planes para el resultado del partido.

Cuando vieron que el disparo había atentado contra el boicot a sus eternos rivales, algunos hinchas locales realizaron el gesto de limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano, mientras que otros un poco más entusiastas dejaron escapar una risita temblorosa por la ocurrencia del muchachito.

La reprimenda del tío Gerardo llegó con todo en forma de alarido, cuando el chino bajaba trotando y le pasó cerca al banco de suplentes. Pero el rapaz solo atino a levantar las manos con las palmas hacia arriba y a encogerse entre sus hombros como diciendo: ¿Y qué quieres que haga?

En la jugada siguiente el chino le guapeó una pelota perdida cerca del área a un defensor, y viendo que encaraba para el arco, el cinco de ellos apareció para ajusticiarlo cobardemente por detrás, cobrándose con sangre la humillación del túnel recibido anteriormente.

Mientras el artero mediocampista recibía sin protesta el merecido cartón amarillo, el chino retorció su escueta anatomía por el césped.

Contra el pedido de algunos gallinas que exigían se quedara tirado en el piso haciendo tiempo, el chino se levanto valiente como un barquito de vela que le hacía frente a la tormenta. Tomó la pelota entre sus manos y la acomodó con una seguridad impropia para un crío que hace su debut en la primera división de su equipo. Tomó tres pasos de distancia, infló el pecho y le pegó con rosca por arriba de la barrera. Los corazones de todos los presentes se paralizaron cuando vieron que la puntería había sido tanta. Por eso el suspiro de alivio cuando el arquero rival la mandó al córner con la punta de los dedos tras una volada espectacular, se hizo oír de manera generalizada.

Mientras algunos se aplastaban los pelos de la cabeza con ambas manos y otros insultaban por lo bajo, el pensamiento popular se materializó con la frase de un plateísta local que exclamó atónito: "¡Está loco el pendejo ese!"

Para evitar represalias, el córner fue pateado de manera miserable y los toritos salieron jugando desde su área como si nada hubiera pasado. Por primera vez mis ojos estaban

clavados en el partido, pero mi cabeza de purrete que ignoraba de intrigas políticas, seguía sin comprender porque la hinchada no celebraba esas rabietas de potrero de aquel púber desfachatado.

Cuando ya no quedaban casi segundos para que se cumpla el tiempo agregado por el árbitro, y todos descansaban con la tranquilidad de un encuentro que terminaba como querían. Un volante de ellos tuvo el desatino de querer meter un pelotazo frontal, con tanta mala suerte que estrelló la pelota en la nuca de uno de sus delanteros. El balón quedó a merced del "dos" de nuestro equipo, que sin ponerse colorado la despejó de un zapatazo, dejándola solitaria y predispuesta para la contra.

De repente los gritos de: "¡Dale campeón!, ¡Dale campeón!" de la hinchada visitante; que ya saboreaba un nuevo título, y los mazazos acústicos de sus redoblantes que sacudían los tímpanos; se ahogaron en el más mortuorio de los silencios cuando sus ojos antes llenos de gloria por venir, y ahora inundados por la desesperación lo vieron. Era él, ese rebelde con la veinte en la espalda. Aquel purrete insolente que desafiaba sus anhelos mediocres en defensa del fútbol.

Arremetió por atrás de todos y se hizo con la pelota de frente al arco rival, pero con mucho terreno todavía por recorrer.

Tras sentir el silencio en el que se sumía el estadio entero, abrigué un suave temblor que me estremecía sin saber por qué. Aproveché mi cuerpo pequeño para colarme entre las piernas de los adultos y ganarme un lugar adelante de todos.

¡Orsaaaaaaai! Gritó desesperado un plateísta y acto seguido se tapó la boca y se escondió entre la multitud avergonzado. Lo mismo gritaron desde el banco de los Toritos, pero el encargado de levantar el banderín hizo caso omiso a sabiendas como todos los presentes, que hacerlo era un afano.

Y allí iba él contra la corriente. Contra los gritos desaforados de mi tío Gerardo de que frene, de que si no lo hacía no iba a jugar nunca más. Pero seguía firme, con sus medias bajas y el orgullo y la integridad que lo enaltecían.

El cinco que le había pegado con malicia lo seguía de cerca intentando repetir, mientras que otros dos defensores corrían como locos en dirección a su arco para cortarle el paso.

Para demostrarles que no les tenía miedo. Para no dejar dudas que no necesitaba ganar la pelota en posición adelantada para realizar la hazaña, se frenó en seco. Con la cara externa del botín derecho, cruzó el balón por delante de aquel cinco áspero. Que se atragantó con el cuchillo que llevaba entre los dientes y quedó despatarrado por el suelo.

Ante el silencio de esa multitud petrificada, estaba él sacándole música a la pelota. Corriendo más de cincuenta metros contra todos. Los suyos y los otros. Como hacen los héroes en las películas, que alzan los brazos y pelean hasta el final aunque tengan todo en contra y casi nada a favor. Sólo su fe. Pero una fe y una voluntad inquebrantables que siempre servían para inclinar la balanza.

Haciendo oídos sordos a los gritos, el chino corría ante los otros dos defensores que reculaban asustados ante su pique temerario y su cintura escurridiza. Ahí iban ellos, arrastrando los talones con el rabo entre las piernas de espaldas a su arco. Preparándose para quedar expuestos para siempre ante el ojo de la cámara de los dirigentes rivales que no perdían detalle, y se mostraban tan incrédulos como todas las almas allí presentes.

El primero se le tiró abajo con todo. Pero donde esperaba encontrar una pierna flaca y llena de ilusiones no encontró nada.

Al otro que intentaba espabilar, ya se lo había llevado puesto y veía la número veinte flamear como una llama de redención escapándosele por al lado. Desesperado intentó apagar la flama con sus manos, pero ardía tanto tanto, que sus dedos no pudieron aguantarlo.

Ahí iba él, tastabillando tras el embate

recibido, pero con la convicción irrevocable de seguir. Por poco que se va de boca, pero apoyando una mano en el suelo logró mantener el rumbo.

Así corría él. Irrespetuoso e incorruptible. Con el potrero acuestas, haciéndole frente a un arquero que salía a su encuentro con más dudas que certezas, pensando en el campeonato que se les escurría entre los dedos como aquella pelota endemoniada que segundos más, haría lo mismo entre sus manos.

El corazón me latía a mil revoluciones y una sensación que no había conocido nunca se apoderaba de mí. Fue entonces cuando vi la cara entumecida de mi padre.

En ese momento, la pierna zurda levantada para encañonar al guardameta sin clemencia, comenzaba a descender junto con las esperanzas de los toros que se sentían más cornudos que nunca.

Pero la cosa no terminaría así nomás. Porque el tipo era un artista, y aunque nunca había leído un libro entendía de poesía. Entonces esa pierna que bajaba inclemente aminoró la marcha y cuchareó la pelota con suavidad.

El arquero levantó sus brazos y la vio escaparse por encima de su cuerpo, como en esa epifanía de hace solo segundos.

Mientras la pelota caía vertiginosa y picaba cerca de la línea, me sentí eufórico. Como si estuviera poseído.

Una sola voz chiquita y chillona, como de seguro debe serlo la voz de la consciencia. Una voccita que atacó aquellos corazones compungidos y se hizo oír. Era yo gritándolo, rugiendo desde lo más profundo de mis entrañas ante la mirada odiosa de absolutamente todos:

iiiGoooooooooooooooooL!!!

Los insultos chorreaban de los cuatro lados de la cancha y el chino la fue a buscar adentro del arco. La barra brava local que estaba detrás de aquel arco se despachó contra su jugador a los gritos de: ¡Vendidooo! ¡Traidooor!

Pero él no hizo caso y se retiró con la pelota bajo el brazo, frente a aquellos que juraban

cantando con gusto dar la vida por su equipo. Pero que eran capaces de dejarlo caer en la deshonra vendiendo un partido solo por no poder aceptar la victoria de los demás.

Pasó por entre sus rivales y sus compañeros que lo miraban con resentimiento, pero sin pronunciar palabras. Esos veintiún tipos que con su silencio otorgaban, y que deberían más sentirse avergonzados que ofendidos.

Por último corrió solitario ante los reclamos de los plateístas y los socios vitalicios del club, haciendo oídos sordos a las palabras necias de aquellos que creían saberlo todo, pero que no entendían nada.

No recuerdo el momento en que Florencio Pérez, muy conforme, pitaba el final del encuentro y los dirigentes blanquiazules huían del campo riendo, pero con el temor de las represalias a flor de piel.

Y yo ante la mirada furiosa de los hinchas, como único cómplice del traidor, busqué el rostro decepcionado de mi padre, preparado para recibir el tirón de orejas.

Me costó unos segundos llegar a sus ojos. Y al hacerlo, los encontré húmedos. Para mi sorpresa no eran lágrimas de odio, sino de liberación.

De pronto apoyó una mano en mi hombro y con la otra me dio un par de palmaditas en la mejilla. Sin salir del asombro lo vi dirigir el rostro hacia el campo de juego en dirección a los jugadores. En medio de aquellas caras apesadumbradas, lo ubicó a él. Ese que con su gambeta terminó con el ardid que nos haría regocijarse de la desgracia ajena, pero nos quitaría la dignidad. Ese que con su arremetida heroica nos devolvió el orgullo. Ese que como todo héroe se sacrifica sin importarle si su hazaña será reconocida muy tarde, o quizás nunca. Pero que igual lo hace porque es lo correcto.

Los labios del viejo se estiraron, su mentón se frunció y comenzó a asentir con la cabeza. Le agradecía, le agradecía de corazón. Acto seguido lanzó unos aplausos tibios que contagiaron a muy pocos.

Aunque tal vez en ese momento no comprendí la magnitud del significado de lo

que había aprendido, fue sin lugar a dudas ahí, cuando me enamoré del fútbol.

Al Chino Manfredi se lo llevaron a jugar afuera dos años después de aquella trascendente última fecha del torneo del noventa y seis. Sin siquiera haber pasado antes por algún equipo profesional del fútbol argentino.

Dicen que su carrera se terminó muy pronto tras una lesión que lo marginó de las canchas, y que ahora reparte periódicos en alguna contaminada ciudad mejicana. De seguro sigue rompiendo redes imaginarias y tirando caños en algún potrero perdido del país azteca.

Acá, en su club de barrio, algunos lo esperamos para hacerle el partido homenaje que todo grande se merece.

Mientras el chino se decide a volver, yo trato de honrar lo que ese día me enseñó. Así que cuando siento que me traiciona la mezquindad contra quienes no lo merecen por el solo hecho de ser rivales. Cuando pido a gritos por dentro que revienten a algún habilidoso porque nos está haciendo pasar un papelón, pienso en el chino. Y me acuerdo que mientras el tío Gerardo y todos los demás hablaban de que sufran los otros, de que la estrategia, de hacer tiempo y que se yo cuantas fantochadas más, ese pibe nomás quería jugar a la pelota. Porque el fútbol no se piensa, el fútbol se siente y por eso es pasión.

Entonces cuando el que está enfrente hace maravillas, trato de lanzar ese aplauso tibio. Y si los colores y el corazón no me lo permiten, intento por lo menos llamarme al silencio y asentir con la cabeza en honor al fútbol, y a ese que me enseñó de que se trataba.

Eugenio Castro

ecakango@gmail.com

El gol

La cercanía por un lado y la rutina por el otro, no dejaban en el pueblo espacio para el secreto.

Todo se murmuraba, lo cierto y lo dudoso, lo visto y lo sospechado.

Eran días en que convenía ser nadie.

Amanecer como protagonista de los comentarios, podía significar el último amanecer.

Por eso eran una mala idea las reuniones. Hasta yo me daba cuenta.

Las visitas llegaban con bocas de risa asustada y miradas como mares.

Me tocaban la cabeza con un cariño ligero porque había mucho que "coordinar", como decían.

Quedaban en la cocina escribiendo algo, recibiendo otros amigos con las mismas caras, abrazándose como bufandas, diciendo "puta madre" y "hasta cuando".

Yo subía a mi pieza más ligero que tarde. Las reuniones no tenían casi nada para mí.

El viejo me acompañaba hasta arriba y si por él fuera me hubiera seguido contando sus cuentos, como antes. Pero yo ahora tenía mis amigos y prefería quedarme con ellos hasta dormirme.

El viejo miraba la pared sin sentir celos y me decía:

- ¿Hoy con quién vas a jugar?

- Con todos, creo. Pero seguro que Pinino me va a contar un cuento.

Y con voz de caracol marino me decía hasta mañana.

Mi pared estaba cubierta del piso al techo con diez o doce años de ídolos de la revista El Gráfico.

Selecciones completas, nadadores olímpicos, tenistas, futbolistas, las glorias del básquet. Todos estaban ahí esperando que el viejo volviera a sus reuniones.

Cuando la puerta se cerraba, la vida les llegaba al instante.

Armaba terribles partidos, más que nada de fútbol y básquet. La selección de Holanda contra nuestros juveniles. Por ahí lo probaba al Beto Cabrera al arco y a Ratín lo ponía a tirar al aro con la marca de Finito Herman que se mataba de risa. Todos eran afectuosos conmigo, paraban en mitad de los partidos para invitarme al juego. Creo que les gustaban esas competencias en las que ni siquiera tenían que ganar.

Cuando el sueño me entraba a dominar, Pinino Mas se sentaba en la cabecera de la cama y me contaba un cuento.

Yo creo que él se hacía cargo de esa parte porque era el único de toda la pared con quién nos habíamos visto a los ojos fuera de la pieza. Fue cuando el Equipo de las Estrellas visitó el pueblo. Vinieron Pinino, Scotta, Romita y otros tantos. Recuerdo que ni bien sacaron, Pinino recibió una pelota contra la línea que paró de pecho sin dejar salir afuera. Cuando la tuvo muerta levantó la cabeza y me miró. Antes de que baje por sí misma, se la sacó del pecho con la zurda desorientando dos marcadores que se le venían encima.

Las reuniones comenzaron a espaciarse y cuando se hacían, cada vez eran menos los amigos.

El viejo y los demás que resistían, andaban con silencios cada vez más grandes. Respetaban los agujeros que dejaban los ausentes y no esquivaban el dolor.

Una noche que la reunión fue para pocos, sentí los ruidos de los coches afuera. Las puertas gritando como fábricas. Las órdenes oliendo a óxido. Sentí que ya entraban a mi pieza.

Fue entonces que Pinino me agarró fuerte de la mano y me sacudió sin ningún cuidado contra la lámina del River campeón del '57. Me pegué la cabeza contra el travesaño y mientras veía los pies de los furiosos alejándose, sentí de verdad lo que era hacer un gol. Y lloré.

Rafael Urretabizkaya

rafabzk@smandes.com.ar

Soy mujer.

Dicen que soy bella, suave, decidida, inteligente, y femenina. También puedo ser caprichosa, agresiva, desequilibrada, hiriente y posesiva. Es decir, soy mujer.

Soy mujer siglo XXI, pero con una mamá siglo XIX cuyo logro más importante en la vida fue casarse virgen. Por suerte la liberación femenina nos ayudó a manejar nuestras culpas con respecto a la moralidad, y con los años aprendí que ejercer mi sexualidad no era un pecado.

Soy mamá - y papá. Tengo tres hijos que llenaron mi vida con agridulces momentos que no cambiaría por nada del mundo. Los crié sola, como tantas de mis contemporáneas, y no me quejo. Valió la pena, aún cuando tengo que pagar el doble por mis errores.

Soy profesional, y exitosa. Hice un negocio de mi carrera docente, y llegué bien alto como dueña de mis propias instituciones educativas. Mis ex-alumnos me recuerdan con cariño, y esta ha sido mi mayor ganancia.

Soy creyente comprometida. He dedicado mucho tiempo a instituciones cristianas ayudando al prójimo porque me hacía sentir útil, y menos culpable por mi propia fortuna. Un día me defraudé de mi iglesia, pero no de mi Dios. Ahora colaboro con mi propia fundación, y amo a Dios desde mi propio espacio.

Soy amiga de mis amigas, y jamás se me ocurriría hacer algo en contra de mi género. No entiendo a las mujeres que se envidian entre sí, que compiten y/o se critican. Me nace proteger a mi género, y lucho para unirnos y defender nuestros derechos.

Soy mujer, y soy "yo" - un enigma para los hombres que pasaron por mi vida. Esas promesas de un profundo amor que quedaron trucas rápidamente, rescatando al menos una duradera amistad o como mínimo, una cordialidad a lo largo del tiempo. Me jugué por mis sentimientos, no me guardé nada.

Soy mujer. Una mujer algo particular, pero

cada ser humano es único e irrepetible - por suerte.

Soy mujer - salvo los domingos por la tarde cuando hay fútbol. También durante la Libertadores, la Copa Sudamericana, o cuando hay un buen partido en la Champions League. La Copa América es un elixir para disfrutar cada tanto, al igual que los juegos olímpicos y el sumum del sumum, el mundial, donde me encuentro en éxtasis total durante todo su desarrollo.

Mis allegados saben de mi pasión, la que descubrieron seguramente al tratar de convencerme, inútilmente, de participar de alguna salida importante cuando jugaba Boca. ¿Qué puede ser más importante que ver a Boca? ¿Qué puede ser más sublime (sin ofender a Dios) que pisar la Bombonera y embriagarse con la energía que emana de una de las pocas multitudes que une a todas las clases sociales para gritar en armonía los diversos cánticos que expresan el amor por la azul y oro? ¿Qué puede ser más bello que ver 20 cuerpos masculinos corriendo tras una pelota con movimientos tan diversos y sincronizados que



superan la belleza de una función de ballet? ¿Qué puede ser más dulce que el sonido de un gol de Boca cantado por un relator, o por la hinchada o por los jugadores -sin mencionar mi propia voz que es capaz de alcanzar decibeles impensados cuando gritar un gol de Boca -o de Argentina- se trata? ¿Qué es lo único que puede alejarme de mi complicado rol de ser mujer por un par de horas? El fútbol. Lo amo. Lo necesito. Lo disfruto. Me apasiona. Me emociona. Me enfurece. Me enloquece. A veces lo quiero olvidar, pero no puedo. Lo extraño cuando no está, y no hay ninguna actividad que pueda suplantarle, ni siquiera la NBA (aunque no está mal para un touch-and-go).

Soy mujer, y orgullosa de serlo. Pero por algunas horitas de cada semana, me encierro en mi mundo con mi picadita y mi copa de vino tinto y disfruto a solas del placer más grande que existe sobre la tierra - mirar (o escuchar) un buen partido de fútbol o de Boca - que hoy día, no son sinónimos...

Ruth Ramanauskas

ruthiekas@yahoo.com

NADA MÁS QUE UN GOL

Pase Bertotti, póngase cómodo, siéntese donde le parezca. ¿Quiere tomar algo?, ¿agua?, ¿café?, ¿una gaseosa? Bien. Ana, si, por favor, le trae una gaseosa al señor Bertotti. Si, a la oficina, la que uso para las reuniones de personal, gracias. ¿Quiere fumar? No me molesta, hace años que lo dejé pero no soy de los fundamentalistas antitabaco. Si a usted le viene bien préndase uno, me imagino que no debe ser muy agradable su situación. Como le decía ayer, estuve revisando los números de este año del suplemento, más bien los del último cuatrimestre y aunque no son malos deberían ser otra cosa, esperaba algo más de usted, dado los medios con cuenta. El porcentaje de inversión publicitaria se le vino abajo mi viejo, y así se nos cae la estantería. ¡Ah! Ana, pase, y por favor tráigame una a mi, dietética, y de paso me alcanza la carpeta azul que está sobre mi escritorio, gracias. ¿Le gusta mi camisa?, gracias Ana, usted siempre en los detalles, es un regalo de mi mujer. No se demore. Como le decía Bertotti, no me gustan los

números del suplemento. No me parece tampoco la línea que está llevando, ¿lo habló con el jefe de redacción? No se muy bien cómo, pero veo que usted se corta solo, muy de jugador comilón, si me permite la analogía. El suplemento es parte de un trabajo en conjunto que, compromiso y habilidad mediante, nos va a llevar al objetivo. Como hacer un gol Bertotti, algunos son producto de la carambola pero la mayoría responden a un esquema de trabajo, de esfuerzo compartido. Si el nueve la mete, es porque todos los demás se la acercaron, la defendieron, la sudaron para que él se luzca. Si me entiende se dará cuenta que usted forma parte de un grupo Bertotti, un grupo que debe funcionar coordinadamente para que se luzca mi empresa, es decir yo. Pase Ana, gracias. Hermoso su vestido, una delicadeza de su parte alegrar la vista en esta oficina. De nada Ana, luego la llamo. Como le decía Bertotti, la vida es así, qué bien le queda el vestido a mi secretaria ¿no le parece? Un detalle de buen gusto esa mujer, voy a tener que pedirle el número del celular. Bien, sigamos, estábamos con lo del fútbol, aquí tiene un cenicero, no me



llene la alfombra de cenizas. El suplemento tiene que ser una pata más de la revista Bertotti. Yo sé que lo contratamos para otra cosa, que usted está para más, que tiene antecedentes de trabajos más elaborados, pero la globalización es así, hay que estar preparados para todo, como un jugador todoterreno, porque quién sabe, en cualquier momento se manda un gol de media cancha. Aguántese la bronca Bertotti, úsela positivamente, yo sé que usted puede. Aunque haya estudiado Ciencias de la Comunicación en la UCA, un esfuerzo comunitario por el equipo no le va a venir mal a su currículum. Piense Bertotti, piense, es lo que mejor sabe hacer, piense en cómo se sentía cuando le decía a sus amigos de la infancia que le tiraran la pelota para que hiciera un gol, ahí justo debajo de los palos. Ellos corrían y usted se llevaba la gloria. ¿Le sorprende que sepa eso? Yo leo Bertotti, leo, investigo, pregunto, miro los blogs de mis empleados y me entero, no en vano tengo una editorial llena de gente con veleidades de escritores. Todos tienen algo para contar y usted tiene mucho, le dedica mucho, creo que hasta más que al suplemento y me parece que la está embarrando Bertotti. Usted tiene hijos, dos esposas, perdón una ya es ex, dos casas. Debería ser más cuidadoso. El mercado laboral está incierto, jodido. Ni hablar de la cantidad de pendejos que están estudiando en las carreras de periodismo Bertotti, cualquiera se mataría por su lugar, hay muchos en el banco de suplentes esperando que se lesione o baje el nivel para morderle los talones, igual que en el equipo del barrio. Ya sabe Bertotti, ya lo dijo un gran pensador, no hay que escupir para arriba si no tenés el paraguas abierto. Cuántos dejaron su lugar en un equipo y no volvieron a jugar más, los retiraron sin aviso. Piense que cuando renunció en Méjico para venir aquí lo hizo por sus hijos. Yo sé que lo llamé y le ofrecí otra cosa, pero al fin y al cabo gracias a mi vos estás con tus hijos, deberías ser más agradecido, ¿te puedo tutear no? En serio Bertotti, mirá, yo soy el DT y vos querés jugar en primera, pero te tenés que ganar un lugar, yo te traje como estrella, pero viste, la vida tiene sus cosas y uno toma decisiones. Me parece que te falta, que no sabés como son las cosas aquí. Esto es una guerra, como vos contabas en el blog, cuando en la canchita de los bomberos se

mataban a patadas con los de Constitución, ahí en la costa. Lindos recuerdos, una porquería la canchita, un frío de morirse, el viento de mearse en la nuca y el viejo García puteando ipendejos de mierda! icorran maricones! ¿tienen frío? Imaginate Bertotti, vos corrías y te tirabas de cabeza y el viejo te mandaba con flores, siempre te alentaba ¿te acordás del gol que le hiciste a la sexta de Quilmes? ¿el de palomita a lo Pedro Poy? Cómo lo gritaba García, rosarino y de Central el muy hijo de puta, no teníamos ni idea quien era Aldo Pedro Poy, pero el viejo siempre hablaba del puto gol que le había hecho a los Neweld`s. ¿Te acordás flaco?, si, seguro, como que no, mirá que te vas a olvidar de que ese día los de Quilmes no tenían arquero y García me puso a atajar para ellos. ¡Qué cara flaco!, ¿no te acordás del gordito Anselmi? Y bueno, te entiendo, si nunca supiste mi nombre, yo estaba siempre en el banco, el Gordo boludo que se caía, que se bancaba las cargadas, que te pagaba la Coca, y vos ni mi nombre. Por lo menos yo me sé el tuyo, flaco, tengo esa delicadeza, hasta me acuerdo del gol que me hiciste. El forro de García habló yoda la semana de mí, aunque sea para reírse. No te hagás problema Bertotti, no soy rencoroso, no más de lo necesario, un tiempo más y me olvido. El suplemento de Hogar y Jardines no es tan malo, pensá en tus hijos. Deciles que el suplemento seguro será un golazo, si querés de palomita, como el que me hiciste ese día en la canchita de los bomberos en la costa de Mar del Plata.

Gustavo Javier Araujo

gustavojaraujo40@yahoo.com.ar

Alguien

-Vengo de parte de Abel Montesinos, yo soy el hijo, me dijo mi papá que hablara con usted, que se conocen desde chicos, mi nombre es Kevin y me gustaría que me pruebe.

En cuclillas, levanté la vista de unas planillas y logré acomodar mis ojos a la claridad del cielo, entonces mi corazón dio un vuelco, de pronto creí ver a Sandra diez o quince años atrás, el mismo pelo rubio cayendo lacio a los costados del rostro agraciado, ese vikingo adorable que tanto recordaba.

Sandra... Sandrita... todavía no puedo convencerme de que ya no esté, su muerte fue un arañazo en nuestros corazones. Para colmo en esa época yo todavía andaba de novio con Noemí, su hermana mayor, así que todo aquél duro trance lo había vivido de una manera tremendamente particular.

Ahora, después de quince años, y cuando uno creía haber dejado atrás los recuerdos dolorosos, este rubiecito se presenta en la práctica y así como así dice ser el hijo de ella. Ni falta hizo que lo mencionara, era su imagen calcada, una fotocopia.

-¿A sí? ¿Y de qué jugarás vos?-

- Me muevo por todo el frente de ataque, pero soy diez natural, manejo las dos piernas-

Sonreí, el rubio tenía el mismo desparpajo que había mostrado siempre su madre, la misma seguridad y miraba de frente al hablar, como ella.

Recordé de pronto: -"... ¡Ponéla a la rubia gordo... a la rubia ponéla!"-

Parecía escuchar aún el eco de aquéllas voces de la tribuna, en mis primeros años como técnico de inferiores, murmullos sueltos que cuando los partidos se ponían chivos, paulatinamente se iban transformando en gritos que siempre acababan con el consabido... "¡gordo bolsa de papas, la puta que te parió, qué te hacés el Menotti, dejá de inventar y ponéla a la rubia te dije!"

Cuando la cosa llegaba a ese extremo, con una simple mirada, Sandrita comenzaba a calentar a un costado del banco de suplentes y el sordo ronroneo de la tribuna cesaba, y los cánticos esperanzadores volvían a sentirse como al principio del partido, y entonces sí, lo que hasta entonces era un remolino desbocado entraba en una especie de normalidad porque corría hacia el centro de la cancha aquél ángel con su melena rubia al viento haciendo señas con las manos, y con dos o tres gritos ordenaba el desorden y llamaba a la pelota, y esta le obedecía, y se sacaba uno o dos jugadores con una gambeta o un simple amague, y ponía ese pase milimétrico para la atropellada del nueve grandote y todo volvía a la normalidad, partido ganado, partido ganado

otra vez.

Con el correr de los meses ya era campeonato ganado, otra vez campeones, desde cebollitas siempre igual.

Luego fue la sexta, después vino la quinta y después... después nada... hasta ahí nomás llegamos, no pudimos vencer a los molinos de vientos.

Y si... el papá era uno de esos molinos de viento. Yo lo tranquilizaba hasta donde podía:

- "No se preocupe don Ángel, le decía, no la voy a poner para que la golpeen, le prometo que la vamos a cuidar, no la expongo, además estamos con la Noemí muy atentos, si ella quiere, juega, si ella no quiere, no juega, no hay obligación".

Ahora me río de mis argumentaciones boludas, ¡si Sandrita se moría por jugar! yo hacía malabarismos entre aquél deseo suyo y mis necesidades como técnico en medio de ese circo romano que siempre fue la cancha, la tribuna, los directivos, todo el ambiente futbolero.

- "Usted quédese tranquilo, la hermana la va a ayudar en las materias para que ella pueda jugar los sábados"-

Pero el mayor molino de viento no eran los padres a los que, desde ya, no le hacía ninguna gracia que su hija compitiera contra varones de igual a igual, sino el mundo del fútbol, el machismo de miércoles que imperaba entonces.

¡Cuántas veces tuve que discutir y hasta agarrarme a piñas con algún padre desaforado!: ¡Cómo te dejás ganar! ¿No te das cuenta de que es una mujer? ¡Trancála infeliz, bajála, que no pase! ¡No te dejés ganar por una mina, tarado! ¿No ves que te toma el pelo? Imbecilidades de ese estilo.

- "Si trajiste ropa para el entrenamiento podés quedarte, a las cinco sin falta empezamos. Escucháme, ¿como está tu viejo, qué es de su vida que hace mil años que no lo veo?-

- "Vive en Machagay, pidió el traslado después que murió mi mamá, ya es Subcomisario, yo vivo acá, con mi tía Noemí"-

El nombre de Noemí tampoco ayudaba en el afán de protegerme de la artera emboscada de los recuerdos. Con un ademán de cabeza que pareció un saludo a alguien de la tribuna traté de evitarlos como para despistar y dar por finalizada nuestra charla.

-Okay hijo, bienvenido entonces, te vamos a probar durante un tiempo y si ponés empeño hablaré con tu padre, pero no te prometo nada, depende de vos nomás.

El primer fin de semana no me animé a ponerlo en el banco, la verdad es que el chico había mostrado mucha disposición al entrenamiento, era elegante e inteligente para poner pelotas aunque algo esmirriado y con poca recuperación, así que lo recostaba por el costado derecho de la cancha porque el cuatro, que defendía muy bien, no pasaba demasiado al ataque, y sabía que en ese puesto Kevin encontraría espacios para arrancar de atrás y buscar la diagonal o tirar el centro atrás o al punto del penal.

La verdad es que, como llegó cuando ya tenía el equipo

armado, tuvo que adecuarse a la antigua norma de que “el puesto se gana en la cancha, en los entrenamientos y en partidos oficiales”.

La segunda semana lo puse en el banco. Le había anticipado que podría pasar esto, así que no me sorprendí cuando divisé en la tribuna más cercana a Don Ángel y a la Noemí, mi antiguo amor.

El viejo me saludó con un ademán de cabeza, los años habían caído de una manera alborotada e impiadosa sobre su humanidad y se le notaba en el porte desvencijado, pero sobre todo en las arrugas de su rostro debajo del sombrero.

La Noemí estaba igual que antes, hermosa, por un momento sentí que me miraba de una manera rara, pensé que tal vez a ella le sucedía lo mismo que a mí, tal vez pensara que nos habíamos equivocado al elegir a otras personas para compartir nuestras vidas. No tenía noticias de que le fuera mal en su matrimonio; todo lo contrario, y el mío estaba digamos, dentro de lo que uno espera, pero ahora que la veía no podía evitar pensar en las cosas que habríamos hecho mal para terminar cada cual por su lado.

O tal vez ni me registraba y eran simples elucubraciones mías, así que preferí ignorarla y concentrarme en lo que había venido a hacer.

Lo que vi después podría no haberlo visto aquél sábado, podría haberlo extractado simplemente de las tantas tardes vividas quince años atrás.

La imagen se repetía de manera caprichosa, como si la vida no dependiera de lo que hiciéramos o dejáramos de hacer, sino de parámetros establecidos por Alguien, (así, con mayúsculas) que se había tomado el trabajo de cargar la información en algún gen o cosa por el estilo, para que simplemente sucediera lo que tuviera que suceder en el momento previsto.

Cero a cero, partido trabado, de esos que demuestran que los planteos ajedrecísticos de uno y otro técnico encajan a la perfección con el planteo del contrario.

Aburridos de tirar centros para que los zagueros devuelvan la pelota de cabeza, aburridos de triangular el balón presionados por los mediocampistas en busca de un resquicio para terminar jugando siempre para atrás hasta el arquero que deja de papar moscas, mirando a alguien en la tribuna.

Partido aburrido en el que nunca falta un padre tribunero que para pasar el tiempo, suelta una andanada de malas palabras acordándose de la madre del técnico, después de haber recordado a la del árbitro o a la de los jueces de línea.

Partido aburrido que “si no ganamos a éstos que van arriba nuestro, se nos escapan y quedamos comprometidos en la lucha por el título”.

Partido aburrido que necesita un salvador. No... aunque... tal vez pueda servir para ir fogueando al rubiecito... o qué se yo... la verdad es que es muy poco tiempo para saberlo, y no quisiera apurarlo y terminar quemándolo.

Miro hacia el banco y lo veo, concentrado, con la vista fija en el rectángulo de juego, sus piernas flacas flexionadas en máxima tensión.

Quince minutos para que termine este suplicio. Miro el reloj, mando a calentar al rubio, por intentar algo nomás, para convencerme de haber hecho todo lo posible, y él entra dando indicaciones a los gritos, y se para en el círculo central, y levanta la cabeza como si hubiera nacido en ese sector de la cancha con los ojos abiertos y pide la pelota naturalmente, y le llega mansita, como si hubiese sido suya desde antes, y ésta permanece debajo de la suela del botín derecho sólo un segundo, y la larga un poco mientras con un amague el cinco queda en el camino.

Ya en posición de ocho la vuelve a alargar como si fuera un wing, y los pelos se le empiezan a volar con el viento que comienza a soplar de pronto, y llega al fondo y vuelve a parar la pelota, y ésta le obedece para que el defensor siga de largo y aterrice cerca de los carteles del almacén de Don Enrique, y la tribuna que de pronto es un hervidero, un hermoso hervidero de decenas de personas que enmudece, y el pibe, cambiando de pierna, tira el centro al segundo palo para que el nueve o no importa quién carajos, meta un frentazo y la red se infle y la gente libere su grito contenido y se abracen todos en la tribuna, y pregunten ¿quién... quién es? y yo volteo hacia la izquierda y mire a la Noemí por primera vez en todo el partido, y la vea abrazada con el viejo al que se le cayó el sombrero y nos acordemos de Sandrita, y ella me mire, y se llenen nuestros ojos de lágrimas, y descubra que sí, que soy alguien aún para ella, y ella también lo es para mí, allí, en ese mundo inasible para todo el mundo menos para nosotros, que son los recuerdos, y se abracen el utilero y el masajista con cara de asombro, y los demás pibes del banco, y nadie entienda nada, justo, justo cuando el rubio flaquito sale de la maraña de camisetas rojas y negras que lo tenían sepultado cerca del banderín del córner, y se persigne mirando al cielo, ese cielo donde aquél “Alguien” con mayúsculas, sonría seguramente junto a ese otro “alguien”, el nuestro, el que alguna vez amamos y nos hizo tan felices y que se empeña después de quince años a no abandonarnos, dándonos una manito justo, justo, cuando mas lo estábamos necesitando.

LEVA COSANOVICH

10 DE SEPT 2008-09-10

levacosanovich@hotmail.com
www.arduosmonumentos.blogspot.com

EL CLÁSICO

Prefacio

Desde muy joven quise ser escritor. Me fascinaba la idea de inventar historias. A su debido tiempo, ingresé en la Facultad de Letras. Algunos amigos –escritores, poetas-, me previnieron. Uno, lacónicamente, pronunció la conocida sentencia “Lo que natura non da, Salamanca non presta”. Otro, por experiencia propia, me advirtió, no sin cierta amargura, que ningún verdadero artista salió de las aulas. “Allí sólo vas a encontrar burócratas”, espetó, para mi estupor, finalizando: “El artista surge del hambre, de la incomodidad, de la tristeza, del dolor, del miedo, de la irritación ante el mundo. Pero, nunca, nunca, de una clase”.

A pesar de estas terribles palabras y de los agoreros de siempre, perseveré y, eventualmente, me gradué “cum laude”. Pero mis amigos no se equivocaban: nunca fue tan aburrida la literatura como dentro de esas paredes. Salvo honrosas excepciones, los profesores, generalmente viejos y cansados, cuando no jóvenes que más tarde o más temprano terminarían como los otros, sólo llegaban, cumplían el horario, hablaban como autómatas y luego se retiraban a sus respectivos sarcófagos. Si algún profesor novato demostraba algo de entusiasmo, algo de vida, los otros no tardaban en desalentarlo. Uno de ellos me confió una vez que uno de los viejos le dijo: “No te calentés, pibe, no vale la pena. De acá a treinta años vas a ganar lo mismo que ahora, así que para qué molestarse por estos burros. Con el tiempo, el gremio va a ser más importante que los libros”.

No sé si tuve alguna vez la llama de la creatividad artística, o si murió en esos años de aula. El hecho lapidario es que debí asumir que nunca se me ha ocurrido una idea decente: la página en blanco es para mí algo genético, crónico. Pero no me desalenté del todo. En una ocasión vi en un diario un suelto muy chiquito, en el suplemento cultural de los domingos, que decía: “Escribo su libro”. Al principio no entendí. ¿Qué significaba esa enigmática frase? Pronto se hizo la luz y descubrí un mundo extraño, el de unas raras entidades llamadas “ghost writers”. Hablando

en criollo: muchos, tal vez demasiados, sueñan con escribir, es decir, escribir libros, y, aunque en la mayoría de los casos no pasan de querer escribir recuerdos de la infancia (al parecer, único tema que “les es dado” por las musas), cuando se acercan al papel se dan cuenta de que ni siquiera recuerdan las reglas de la gramática. Es entonces cuando emergen de la oscuridad esos salvadores de improbables obras maestras: los ghost writers, es decir, pobres diablos como yo que conocen el idioma a la perfección pero que no se les ocurre una sola idea, pero ni una sola ¿me entienden? Por tanto, en una extraña simbiosis, se unen a aquellos que no pueden escribir pero suponen ser portadores de ideas brillantes. ¡Dios sea loado! ¡La literatura salvada! Dios o el diablo, en su magna sabiduría, ha dividido los talentos, como la torre de Babel las lenguas. Pero, también como reza el dicho, ocurre que: “Dios los cría y ellos se juntan”.

Yo soy uno de ellos, ya lo he confesado, pero me salva la conciencia del pecado, de saber que mi trabajo es imposible. Imposible porque lo único intransferible de un artista es su estilo, no los “grandes temas” que eventualmente elija. En los casos de los libros escritos por nosotros, ¿del estilo de quién se habla?

Pero me estoy alejando de mi propósito original. Para redimirme, pensé en una frase que oí alguna vez, según la cual el arte viene del pueblo y un escritor verdadero sólo debe tener oído para “pescar” lo que está “en el aire”. Lo que equivale a decir que el escritor sería en realidad un antólogo de la sabiduría popular. Certera o no la aseveración, me pareció que en mi caso podía aprovecharla. Decidí entonces indagar en la llamada “cultura popular”. ¿Y dónde puede uno hallar emanaciones de cultura popular en otro lado mejor que una cancha de fútbol? Por supuesto, cuando se juega un partido. Un partido importante, donde se esté dirimiendo algo trascendente, como un título o un descenso. Es decir, un clásico, un hervor de la cultura del pueblo en su más genuina expresión, como dicen los periodistas.

Me propuse entonces lo siguiente: debía buscar algún “habitué” de las canchas, y, por supuesto, mientras más iletrado, mejor. La idea era que él fuera transmitiéndome las emociones del partido en, digamos, el lenguaje puro de su extracción social (también como dicen los periodistas). Mi trabajo sería transcribir (casi diría traducir) lo que él fuera contándome y hacer sólo unos

pequeños pulimentos para hacerlo más "potable" para el "lector medio".

Por medio de un amigo futbolero, encontré al personaje indicado, un señor de apellido Mercado, al que sus amigos lo llaman Pelado, debido sin duda a su hirsutez, aparentemente todo un conocedor del "ambiente". El partido, el clásico de barrio General Lavalle - Coronel Dorrego, justa deportiva de rivalidad inmemorial. Se definía un ascenso al torneo Argentino "A".

Como estrategia narrativa elegí el punto de vista de la primera persona, para una mayor identificación del lector. Las malas palabras o palabrotas (que abundan) las he suprimido (o sólo se anota su letra inicial) en pos de cierta aspiración de belleza o, al menos, de cierta pulcritud en el texto. Cuando no va la inicial, directamente he cambiado la palabra, sin ruborizarme por esa licencia artística (pensándolo bien, con ese simple hecho, me alejo del 90% de los textos publicados actualmente). También hay algunas notas al pie.

EL CLASICO

La verdad que el puchero de la Tota me ha caído joya, como dicen los pibes de hoy día, pero nos tenemos que ir para la cancha porque en una hora empieza el partido. Los vamos a reventar a esos guanacos pecho frío de Lavalle. Le vamos a llenar la canasta para que tengan. Y además los vamos a c... a patadones (1) en las canillas a los muertos esos. Vení papá (2), vamos a tomar el bondi para la cancha porque si no, cuando lleguemos, vamos a tener que hacer una cola de tres cuadras. Vos no te calentés que ya vas a ver cómo le vamos a llenar la bolsa a los maracas esos que nos pijotean las entradas porque juegan de locales. Peri si ni de locales ganan, tienen un ofri en el alma. Nacieron para perder esos p... (3).

Ya llegamos, papá, debe estar llena la cancha: mirá la cola que hay, y son todos hinchas de los nuestros, si esos tomuer de Lavalle deben tener tres hinchas nomás. Qué tres, dos, porque la semana pasada se murió uno en la lleca en una pelotera con los canas. Parece ser que el guaso éste, el Manguera, andaba contrabandeando alguna merca y lo descosieron a tiros en una redada. Seguro que algún buchón lo batió. Porque hay cada batilana acá que por dos mangos te cantan hasta los amantes que tenía tu abuelita. Bueno, el Manguera era el hincha número tres. Así que si la resta no me falla deben

quedar... dos. Bueno, vení, papá, subamos a la popu, que ahí está la barra brava de Dorrego. Son amigos míos pero tené cuidado porque el más buenito de todos a uno por lo menos le hizo la boleta. Pero los negros estos son buenazos lo mismo, lo que pasa es que en cada partido se clavan cuatro o cinco cajitas de totín y mejor agarrate el que te dije porque no tienen ni así de piedad. Si están en dope y te les cruzás les importa un pito y te dejan la trompa como un matambre cocido.

Mirá, papá, la barra ya está dale que te dale con el bombo y las cornetitas. Solamente eso les da miedo a los del otro lado. Mirá, ya están saliendo los equipos a la cancha. Escuchá, escuchá el coro de la hinchada: "¡Maricones! ¡Pechos fríos! ¡Muertos de hambre! ¡Que de la mano del Negro Tití la vuelta vamos a dar! ¡Hijos nuestros! ¡Hijos nuestros!" (4). El Negro Tití es el técnico nuestro, papá, mirale la caripela y te vas a dar cuenta del sobrenombre. Pero el Negro de ésto, de fútbol digo, sabe una banda. Ahora, nada de jugadas de pizarrón ni todas esas giladas, eh. El Negro Tití dice: "Para el contrario ni el saludo". Es todo a cara de perro. Te canto la formación. En el arco está el Pistola Juárez. Como el Manguera, mejor ni te digo por qué le dicen así. Parece que tiene una matraca más o menos, je... En la defensa, la Pepona Sotil; el Perejil Laíno: el Cara de cuis López y la Chancha Redolfi. En el medio, están la Bruja Vecchio, la Vieja Varallo y el 10: el Finoli Perea. Y adelante van: El Mono Oberto; el Cara de Pollo mirando un bicho Liendo y el Cara de teta Pelozzo. Es un equipo para salir campeón, papá, pero mejor te explico algunos apodos para que entiendas algo. La mayoría son fáciles, pero el Cara de pollo le dicen así porque tiene la cabeza torcida para un lado y mira de reajo, y el Cara de teta es pelado, tiene la cara redonda y muy blanca y la nariz siempre roja. Ahora, te digo, con la Vieja Varallo en el medio no pasa uno, o mejor dicho, pasa pero para el hospital, y el Finoli Perea es un lírico del balompié, como decían los locutores de antes. Con el Finoli y los goles del Caras de pollo que... ya van a venir, digo porque está de seguía últimamente, los vamos a dejar mudos a los muertazos estos, y en su cancha, para que revienten y se vayan a jugar a las bolitas porque es para lo único que sirven.

Mirá, papá, ahí sale el cuervo, el árbitro quiero decir. Escuchá, escuchá el coro de ángeles: "¡Referí, referí, de la cancha no salís! ¡Vendido! ¡Forro! ¡Traidor! ¡Cuervo, compadre, la c... de tu madre!" (5). Este

guanaco ya nos bombeó varias veces. ¡Sacate la camiseta de Lavallo que llevás abajo, maricón!

Bueno, papá, acomodate cómodo que ya va a empezar el doparti, y de acá a un rato, cuidate, porque los negros estos, cuando se bajaron tres o cuatro birras, hacen pis en las bolsitas de los manises y te la ponen en el melón sin asco, y tienen una puntería..., no sabés la puntería que tienen. Ahí empezó, ahí empezó. Pero ¡qué es lo que cobrás! ¡Ya empezás! ¡Cuánto te pusieron estos maricones, corruto (sic)! Uy mirá lo que cobró, tiro libre directo para estos muertos. ¡Pistola, correte al diome que te la van a poner ahí, en el ángulo. ¡Uhhh, qué cerquita que pasó! ¡Saque fuerte, Pistola, dele duro como anoche, eh! Mirá papá, qué contragolpe, ¡corrí Mono!, ¿qué comiste hoy, guiso de bulones? ¡Pasasela al Cara de teta, que está solo! ¡Qué hacés, Cara de teta! ¡Pasado!

Mejor tranquilicémonos, papá, porque el bobo me va a reventar. Ahí está el de las bebidas, qué querés, vos, ¿un fernet? ¡Una coca! Medio flojito me había salido ¿eh?

Uy, mirá, cobró penal para Lavallo. En la vida de Dios el Pistola cazó un penal, siempre se tira para el otro lado, para la foto. Gol, no te dije yo, ahora sí que estamos en el horno, estos muertos se van a ir al fondo y no los sacamos de ahí ni con los bomberos. A ver, usted, Finoli, invente algo, humille, humille con ese talento que tiene. Se la quitaron ¡Finoli, muerto de hambre!

¡Mirá, se nos viene el contragolpe. ¡Chancha, corrí! ¡Pepona, dejá de acomodarte los higos y jugá que se vienen los indios. Ufff, corner. Zafamos, papá. A ver, atenti, muchachos, las bolsitas y los gallos (6) listos para el que venga a patear el corner. Uno, dos, tres, vamos. Una vez, papá, en otro partido, fue tal la escupida en un corner, que el maricón se quejó al lineman. Para qué. Los dos quedaron disfrazados de saliva. Se armó un quilombo bárbaro, se suspendió el partido, le dimos tantos bollos y patadones al maricón que se quejó y al árbitro y los lineman (sic) que al final fuimos todos en cana y la cancha terminó suspendida. Pero, sabés qué, papá, ése nunca, pero nunca más pateó un corner.

¡Mirá, mirá, la pelota que le puso el Finoli al Mono! ¡Corré, Mono, corrí! ¡Goooooooool! ¡Papá! ¡Goooooooool!, ¡Hijos nuestros! ¡Hijos nuestros! ¡Qué! ¿Lo anuló? ¿Orsai? (7) ¡Vendido! ¡Hijo de p...! ¡Hijo de p...!

Mejor nos mandamos un trago de fernet, por que si no... Pero mirá la plancha que le puso ese animal al Finoli. Lo único que falta, que el Finoli salga leccionado (sic). Si es el único que piensa en este equipo, los demás son todos picapiedras. Bueno, menos mal, sigue. Humille, Finoli, humille, que usted puede. Bueno, más o menos...

Vamos, muchachos. A ver la barra: "¡Pongan h..., pongan, pongan h..., pongan h..., h... sin cesar, que esta tarde, cueste lo que cueste, esta tarde tenemos que ganar!". Pero es al vicio, éstos ni con la hinchada se mueven. ¡Ahí está, ahí está, humille, Finoli, humille! Uhhh, pegó en el travesaño. ¡Hoy, hasta los palos juegan para estos muertos! Bueno, menos mal que se terminó el primer tiempo, a ver si en el vestuario el Tití les da una lavada de mate a esos inútiles. Vení, papá, vamos a mandarnos un buen choripán con mucho chimichurri para calmar los nervios. Sí, son las cuatro, qué tiene que sean las cuatro de la tarde. Dale, papá, no arrugués.

Bueno, papá, dale, subí que ya empieza el segundo tiempo. A ver si el Tití hizo algún cambio. No. Siguen los mismos troncos del primer tiempo. También, con al banco que tiene el Tití. Da angustia. Te los canto. El arquero es el Fantasma Leppe. Le dicen así porque parece que en cualquier momento pasa a jugar en el otro equipo, pero no en el de los muertos de Lavallo, sino en el de los muertos en serio, je. Después hay dos defensores, el Madera Troncoso y el Sapo Verón. Siguen un mediocampista, el Bestia Bastía, y un delantero, el Espárrago Crotto, que mide como dos metros y juega como el apellido. Y nadie más. Por eso digo que no da ni asco el banco de suplentes. Y encima estamos uno a cero abajo. Espero que se despierten estos infelices.

Vamos, Finoli, mueva su sacrosanto c... (8). Vamos que usted puede. Pero, che, no hagan fulbito (9) para los costados. Estamos perdiendo, el empate no nos sirve. Corré, Cara de pollo, corrí, dale, dale, eh... penal, che, hijo de tu madre, a vos te digo, a vos, el de negro. Sabés que podés hacer con el silbato si no cobrás. Cobró, papá, cobró penal. Vamos Finoli, humille, que usted puede, humille, humille... Goooooooool. Goooooooool. Qué, ¿que hubo invasión de área? ¡A vos te vamos a invadir, bombero, forro! Bueno, ahí va otra vez el Finoli. Ahí va, ahí va... Goooooooool, gooooooooool, gooooooooool. Bueno, esta vez la metió. Bien Finoli, maestro, enséñele a esos muertos de hambre cómo se

juega a la pelota. Bueno, ahora a defenderse bien, muchachos, eh, y a buscar el segundo.

Sentémonos, papá, que tengo los nervios a la miseria. Ya no estoy para pasar estos calorones y encima el chori me cayó mal. Espero que la Tota me haya guardado puchero para la noche, así bajo el choripán que se me quedó atravesado. Porque, para comida sana, la Tota. Uyyy, mirá qué tiro libre tiene Lavallo. A ver Pistola si se luce esta vez y no hace macanas. Una vez, en otro partido por el ascenso, el Pistola tuvo tanto mal o... (10), que, en un tiro libre voló a un ángulo, la pelota dio en el travesaño y al rebotar le pegó en la espalda y gol. Se quería matar al Pistola. Los compañeros también lo querían reventar. A ver cómo le va ahora. Bien, Pistola, muy seguro lo suyo. Ahora, revientela para el contragolpe. Muy bien, Pistola, muy bien. Vamos, muchachos, para adelante, hay que hacerle otro gol a estos muertos así los rematamos de una buena vez.

Che, papá, se está poniendo fría la tarde ¿no te parece? Está justo para mandarse otro fernet. ¡Dale, Cara de Pollo, corré para adelante o bajá a buscarla si el Finoli no te la tira! Es que hay días que el Finoli tiene un frío, papá... Se parece a Riquelme. A ver, muchachos, a alentar que tenemos que ganar este doparti, pero, qué van a alentar, éstos ya están todos dados vuelta. Mirá vos, si el Goma, que tiene que darle toda la tarde al bombo, ya está puesto. Desde acá se le ven las moscas que le rondan el melón. ¡Despiértenlo al Goma, aunque sea de un patadón! ¡Así, muchachos, así me gusta! ¡Dale, Goma, dale maza hasta que termine el partido! Uy, pero qué cobró ahora el tordo del referí, jugada peligrosa adentro del área, ¡Pero, podés creer, vos! ¡Vendido! ¡A vos con un litro de vino te compran, borracho! Ufff, menos mal que no pasó nada, ya queda poco para el final, si nos llegan a hacer un gol ahora estamos chau, los muertos éstos se van a colgar del travesaño y podemos jugar tres días seguidos que no le hacemos un gol ni al arco iris, papá. Vamos para adelante.

Mirá, papá, el Finoli se pasó tres al hilo, es un poeta del césped el Finoli, bueno, cuando había césped en esta cancha de m... (11). Uhh, mirá cómo lo hacharon, lo partió al Finoli ese animal.

¡Echalo! ¡Roja directa, tordo! ¡Pero qué vas a echar vos! No te digo, amarilla le puso nomás.

A ver qué hace el Finoli. ¿Se levantó o está

muerto? No, menos mal, ahí se levanta, medio enclenque pero se levanta. Mirá papá, está tumbado pero pidió la pelota. Va a patear al arco el Finoli, se tiene fe. ¡Vamos, Finoli, usted puede, humille, humille, muéstrele a esos cavernarios cómo se juega al fulbo! (12) Acaricie el balón como si fuera su novia. Ahí va, ahí va. ¡Gooooool! ¡Gooooool! ¡Qué gol: recontragolazo!, como dice el coso ése, Nelson, el de la tele. Humille Finoli, por usted me voy a ir a Alta Gracia de rodillas. Total, la Tota me va a acompañar. ¡Gooooool! Dejame que te abrace, papá. ¡Y ya lo ve, y ya lo ve, es el equipo del Tití! Y qué importa si rima o no rima, papá, estamos ganando. Faltan cinco minutos y nos quedamos con el ascenso.

Che, papá, me parece que se están enbroncando los hinchas de Lavallo, que no son tres, como te decía antes. Hummm, están rompiendo la alambrada, me parece que acá se pudre todo. Entraron a la cancha, mirá, papá, lo corren al referí, pero si nos bombeó toda la tarde a nosotros, no a ellos. Uyyy, qué biaba le están poniendo, je y los lineman se piraron, lo dejaron solito al pobre tordo. Se vienen para acá ahora, vámonos que son muchos. Dale, papá, qué estás mirando. ¡Cuidado! ¡Cuidado que revolearon un tablón... Ay, qué palazo que te comiste, papá! ¿Te duele mucho? ¡Estás sangrando, pero vení, rajemos lo mismo porque están llegando los canas! Epa, agarrate que empezaron a repartir gomazos. No te des vuelta, papá. Pero, ¡qué te dije! Uy, Dió (sic), qué puntería para ligar los tortazos, ¿eh? Lo dicho: me había resultado flojón el hombre ¿no?...

Posfacio

No debiera confundirse el final inesperado que pregonaba Edgar Poe para el cuento con el final sorpresivo o más bien abrupto de mi relato, ya que este final correspondió a la realidad de los hechos. Lamentablemente, lo que pudiera haber sido una fiesta literaria para mí, el logro estilístico de reproducir en el papel una tranche de vie, como dicen los franceses, que hubiera aparecido seguramente en los mejores suplementos literarios del país, derivó en una deshonrosa trifulca (perdón por el arcaísmo) que terminó con el señor Mercado, unos cuantos hinchas, el presidente del club Coronel Dorrego y un servidor en un inadecuado calabozo de la seccional de policía correspondiente, más la penosa noticia en las últimas páginas de los diarios.

Debo decir empero que, más allá del

bochornoso episodio, el cuentito se publicó en una antología que misteriosamente tuvo alguna repercusión. Incluso alguno hubo que se fijó en mi humilde texto (algo improbable en una antología), le prodigó un elogioso y desinteresado comentario, mereciendo al fin el relato una impresión en plaquetas, librado de la molesta compañía de los otros (por lo demás, ilegibles) cuentos y poemas de la antología. La fortuna permitió que nuevas reseñas apareciesen, increíblemente todas de carácter laudatorio. Frases como "El color local en su más encendido esplendor", o bien "El agudo oído del autor para captar no sólo el habla sino el tono y las modulaciones de las clases postergadas, es digno del más caluroso de los aplausos", se dejaron oír. También: "Lejos de improbables buceos en recónditos repliegues de la historia y de los devaneos pseudo intelectualoides que pululan en las nuevas camadas de escritores, nuestro autor indaga en lo más puro y lo más genuino del sentir nacional". O, por qué no, "No vemos en estas páginas ni rastros de los artificiales géneros en boga, sólo literatura. Que no es poco". No faltó, tampoco, algún editorzuelo que se me acercara y me murmurara al oído: "Mire, me le agrega cien paginas más y tenemos la novelita y, por ende, el éxito. Qué me dice. Total, es cuestión de agregar o estirar situaciones".

Debo confesar que, luego de la sorpresa y de los halagos iniciales, algo en mi interior, que no podía definir, me provocaba una cierta e incómoda tristeza. Las mieles del principio fueron tornándose agridulces primero y francamente amargas al fin. Cuando el breve fasto acabó, ya no me llamaba a engaño: lo que pugnaba por salir en mi corazón era la dolorosa verdad: el señor Mercado, aun estando sobrio, era incapaz de estampar su propia firma. Así de asno –permítaseme el cariñoso calificativo- era. Sin embargo, de él eran, a él le pertenecían, la historia, por anecdótica que fuere, los personajes –poseyeran relieve o no-, y lo que es peor, el estilo, que, según mi propia convicción (expresada más arriba), es lo que distingue a todo verdadero escritor. Mi desvaída contribución fue transcribir, adecentar, pulir. Lo que equivale decir: yo fui un escriba, un mero amanuense. Pero ningún creador. Advertirlo pronto me evitó, más allá de la inevitable desazón, un calvario más prolongado.

El cuentito tuvo dos o tres estertores más y luego desapareció, sumergiéndose en el oscuro e inmenso océano de todo lo que se

publica. Discretamente fui desapareciendo, no ya de mis proverbiales quince minutos de gloria predichos por Warhol, sino de mi permanencia en el mundo de la literatura, quiero decir, de la creación literaria. En una lejana provincia del sur conseguí horas cátedra para las cuales mi profesorado en Letras era suficiente. Conservo, sí, la amistad del Pelado Mercado, que me había tomado cariño y les decía a los suyos que yo era un amigo muy importante. Según me cuenta en su última carta (ilegible, por cierto, si bien escrita por un sobrino de él), cuando le envié una copia con dedicatoria de la plaqueta: "Qué hacés, papá, cómo andás. No sabés, me puse hasta los ejes (13) de tan contento que estaba cuando recibí el papelito. Lo colgué en un cuadrito y todo. Ahí está ahora, al lado del poster de Rodrigo, del escudo de Coronel Dorrego y de la foto autografiada del Finoli Perea. Qué te parece, papá, ¿eh? Cuando vengás por acá, el puchero de la Tota te va a estar esperando. Y si es domingo y tenemos tiempo, podemos ir de nuevo a la cancha, ahora que estamos en la "A". Bueno, el Argentino "A", pero, por lo menos, los dejamos ahí abajo a los muertos esos de Lavalle. No sabés cómo los gastamos después de aquél partido histórico. Vos y yo terminamos presos, pero quién nos quita la alegría ¿eh?".

Esa inocente felicidad suya nunca ha dejado de conmoverme.

NOTAS:

- (1) Propinar una buena golpiza.
- (2) Un servidor. Tratamiento cariñoso (N. del A.)
- (3) (Pl.) Dícese de la persona dada al antiguamente llamado vicio onanista
- (4) Sigue una larga serie de epítetos irreproducibles relacionados mayormente con los parientes de los jugadores y a dudosas prácticas sexuales de la cuales serían víctimas los futbolistas, principalmente del equipo contrario.
- (5) Ver nota cuatro (4)
- (6) Vulgo por escupitajo, salivazo.
- (7) Por excepción, he transcripto fonéticamente la expresión correspondiente al vocablo inglés off-side
- (8) Cola, asentaderas.
- (9) Ver nota (7)
- (10) Ver nota 8. Vulgo por mala fortuna o mala suerte.
- (11) Excremento, obviamente.
- (12) Ver nota (7)
- (13) Forma coloquial por "emborracharse completamente".

Ricardo Gabriel Zanelli - 2010

ricardozanelli@gmail.com

RINCÓN: "HOJA EN BLANCO"

Publicado por Liliana García

Hola amigos, bienvenidos al rincón de Hoja en blanco. La propuesta consiste en ofrecerles un espacio especialmente creado para ustedes, donde puedan escribir todas las historias que se les ocurran, propias o ajenas, generadas a través de su transitar por las Letras: anécdotas, críticas, humoradas, recuerdos, proyectos, etc.

En esta oportunidad, tengo el gusto de presentarles un excelente poema de Leonardo Plata, un amigo colombiano, amante del buen cine, la literatura y el psicoanálisis, quien manifiesta a través de sus versos, las imágenes descarnadas de la vida. Así sin falsos pudores literarios, sin esconder los sentimientos que afloran con el ímpetu de una juventud intensamente vivida, de este modo, les entrego su poema...

ENTROPÍA

Angustia
Qué hago yo
Sin derecho a cantar tu himno,
Sin que obre en la conciencia
La imperturbable consolidación de lo soñado.

Frustrante se cierne sobre la delicada paz de los olivos,
El hambre
De ti.

Deleznable, inconcebible,
La danza de lo incierto
Se baila sobre los ojos pertenecientes
A todo lo que huele
A terracota.

Un delicado pañuelo
Hirviente
Encuentra las ansias bebidas
En el diván
Donde al perro se ha prohibido
Ladrar lo guereado.

Oscuro,
El cuarto de persiana azul
Se obliga con la luz
Que decolorada rompe
La leyenda onírica
De un sentimiento
Que calcina.

Dos amantes
En calculado juego
Insensato a veces,
Concurren derrotados
A la homilía de lo absurdo
Negando su delirio
En aras de sanas
Pertinencias.

Un orgasmo por semana,
Los textos de la revista mal hablada,
La ternura escondida en un arrebatado de cordura
Cada vez que el miedo rueda.

Los almuerzos,
La espera del último minuto,
Las cenizas de mi época,
El resplandor de quien todo gana
al aniquilar el amor...
Errantes desvaríos del ayer
ocultando
la fiereza del amor.

Esto es entropía.

Sus blogs:

<http://uncigarrillouncafe.blogspot.com>

<http://hombremirandoalcineste.blogspot.com>

<http://rompedepresion.blogspot.com>

Para enviar material a este rincón contactarse con Liliana G. a la siguiente dirección:

rincon_hojaenblanco@yahoo.com.ar

Fútbol en Unquera

El pueblo se encontraba perdido entre las montañas pero a pesar de ser pequeño tenía un buen equipo de fútbol... todos los sábados a la tarde a las 4 casi todos los habitantes del pueblo iban a ver los partidos del equipo local ...el campo de fútbol se encontraba cerca del río y en otras épocas cuando las cosas salían mal muchos árbitros eran tirados al río si los aficionados les parecían que no arbitraban bien...entre estos se encontraba mi abuelo que siempre fue un forofo del fútbol...en uno de estos partidos regionales preferentes hubo una batalla campal entre los aficionados de los dos equipos...tuvo que intervenir la policía y hubo hasta paraguazos por parte de algunas pejinas del pueblo de al lado...el partido fue suspendido...y a los dos equipos les cayó una sanción ejemplar por parte de la federación de fútbol...yo estaba allí tenía 8 años...no participe en la pelea me fui para casa pensando que eran unos animales irracionales y nunca mas volví a ver un partido de fútbol.

Chus Canal

chus_canal@yahoo.es



Recomendaciones:

Revista Psicoactivo

Consejo de Administración editorial:

Francisco Javier Reyes Medrano

Erick Alba Villarreal

Edgardo González Martínez

Enrique Rivera Hernández

Mario Torres López

Julio Cesar Corona Arias

Alejandro Moreno Ávalos

La revista Psicoactivo es una publicación independiente y colectiva, abierta a todas las expresiones culturales e intelectuales.

Nuestra misión es ofrecer un vehículo de comunicación y de aproximación con todos los sectores de la sociedad, sin importar ideología, credo o posición política.

Por su colaboración, mil gracias

Contenido: LA METAFORA EN EL DISCURSO FOTOLISTICO. Lingüística y fútbol - Milton R. Mendoza - 5 // INVENTAR PARIS Y OTRA FORMA DESALVAR EL ALMA - Francisco Javier Larios - 11 // ESPIRITU Y CUERPO - Clemente Vergara Carachure - 14 // EXPERIENCIAS EN LA FORMACION DE INVESTIGADORES EN EL IMCED - José Reyes Rocha - 18 // CIUDAD EN TOLERANCIA - (Fragmento inédito del libro con el mismo título) - Mario Torres López - 22.

Correo electrónico: mariotmx@yahoo.com

EL SECRETO DE SUS OJOS, EN LA VERDAD DE LO QUE VEN LOS NUESTROS. UNA TRAMA CRIMINAL DE LO MÁS COMÚN. PISTAS FUTBOLERAS PARA UN POLICIAL.

Lo importante parece ser que los intelectuales discuten si este director de series para la Fox que es Campanella no es un pillo que usa un libro, el fútbol y, sin culpa, trastoca la memoria del miedo, cosa que había hecho con "el mismo amor la misma lluvia".

En el secreto de sus ojos hay trivialidades de policiales. Pero no hay dudas que las cartas que roban Espósito y Sandoval son las cartas que ha mentado Poe en "La carta Robada". Evidentes, comprometedoras, fáciles de encontrar. Eduardo Sacheri es el autor del libro original. Un autor de esos autores, que nos gusta leer a los que jugamos mal al fútbol pero podemos dar la vida por evitar un gol, lo cual nos hace fundamentales a la hora de alentar, de ser barra, de dejar plantada a una persona encantadora. Me queda de Sacheri la traición de Gatorra, un cuento a lo Cortázar aunque con metaficciones, demasiadas para don Julio.

"La verdad es que Gatorra no era el único traidor de aquella tarde: yo también estaba del lado equivocado. Sí, flaco, como te cuento. Y todo, ¿sabés por qué?: por una mina. Todo por una mina, ¿te das cuenta? No, ya sé que no entendés ni jota. No te apurés. Dejáme que te explique"

Sacheri plantea un acertijo para descubrir al asesino: El asesino es un hincha de Racing y sólo hablando de Racing puede ser descubierto.

Los policías pasmosos Espósito y Sandoval, o don Quijote y Sancho, hacen un par histórico, un par hollywoodense, claro, aunque repiten lo que hacían en aquella sit com de los 80 cuando Hugo Moser los reunió en la tira "Mi chanta favorito". Acaso son dos granujas y desde esa figura celebraron su honra a la teoría originalmente desarrollada por el [Group Theatre](#) en los [años 1930](#), a partir de las innovaciones de [Konstantin Stanislavski](#), del Actors Studio. Se roban las cartas, eliminando una prueba y se ponen a descifrar el "tetragrámaton", al igual que Löhnrot y Treviranus en La Muerte y La Bruja.

La cámara baja como en globo aerostático hacia basílica de Huracán. Y de repente aparece el devoto, el apasionado. Se puede estar apasionado por dos cosas? Gómez está apasionado a la vez por la muchacha a la que

abusa y asesina y por un equipo de fútbol. Eso es raro. Más cuando Sandoval propone que la pasión de Espósito consiste en en Irene. Es posible. Borges estaba enamorado de Beatriz y del Alef. Los apasionados por el fútbol leen a Borges más que a los escritores de izquierda. Claro, el Alef es redondo, blanco y busca los rincones, arrabales, arcos de fútbol. El secreto de los ojos de Borges podría ser su relativa visión, el empañado panorama del avance de la ceguera. El secreto de Espósito está en el temor a mirar. A mirar como depravado a Irene. Hay una pequeña situación, un refucilo, una escena donde Benjamín y la abogada recuerdan viejas fotos.



Una de esas fotos lo muestra siniestro e igual a Gómez, dirigido hacia ella, con una mirada que se estampa. No era tan fácil descubrir esa forma de centrarse en una muchacha en una fotografía. Para Espósito sí.

Gómez fue descubierto en el estadio de Huracán de Parque de los Patricios, Tomás Ducó. Un

23 de abril de 1939 la Comisión Directiva del Globo decidió adquirir un predio situado en la Av. Alcorta y Luna que hasta ese momento alquilaban. Ducó era militar, fundador del Grupo de Oficiales Unidos (GOU) y uno de los dinámicos del golpe de estado del 4 de junio de 1943, que dio origen a la Revolución del 43, donde asomaría Perón por primera vez.

El día en que fue descubierto Gómez, el estadio temblaba con la marcha peronista al canto de "la academia, la academia". Hubo un gol de Racing y Gómez escapó como inspirado por el gol. A pesar de los "nueve años que llevaba sin ganar un metropolitano" seguía con esperanza. Iba raudo, llevaba la corrida del festejo en su alma. Se torció el pie y cayó en el césped, producto de esguince de tobillo, clásica torcedura en los jugadores tensos: lo primero a tratar en un esguince es la inflamación. En los primeros momentos el hielo es importante, pero después es conveniente aplicar alguna crema antiinflamatoria, alguna crema natural que contenga Arnica y Harpagofito, después de darle un baño de agua con sal y un poquito de vinagre. Pero hubiera cometido un gol si lo dejaban. Su euforia era evidente. Necesitaba de algo que lo calmara como adepto. Lamentablemente descargó la depravación con su amiga de la infancia en Chivilcoy Liliana Coloto. Tal vez una simpatizante de independiente de Chivilcoy.

Independiente de Chivilcoy, que viste la casaca roja, similar al [Independiente de Avellaneda](#) por la simpatía de sus fundadores hacia esa institución. Nació a la vida deportiva local el [5](#)

de abril de 1930. En el año 1941 Independiente logra el título de campeón en su división mediante la buena actuación del equipo que integraban los jugadores: R. Melo, Luis Stanzú, Lombardo, Coviello, Saralegui, Albano, Vasallo, Perito, Lettieri, Basílico, Nadale, Di Césare, Rossi y Del Río.

Campanella ya había sido tocante y orientador con el club de los amores, con el amor sin freno por los clubes de barrio en Luna de Avellaneda. Luna de Avellaneda redime de esas ruinas a esa clase media desolada que "tiene cada vez menos y necesita cada vez menos". Hay pequeñas comunidades que lo único que tienen es el club de la esquina, la excusa del juego y el encuentro. Comunidades formadas por maestras de escuela, remiseros, desocupados, sosegados por la retro excavadora del mundo. Un club de barrio en un país muy liberal no tiene nada que hacer. Se podía invertir en oro, plata, cobre, dólar, pero no en sentimientos. En esto último el riesgo país era enorme.

Cada país, de acuerdo con sus condiciones económicas, sociales, políticas o incluso naturales y geográficas, entraña un nivel de riesgo para las inversiones que se hacen en él; los inversionistas evalúan el tamaño del riesgo de acuerdo con el conocimiento que tengan de esas condiciones.

Toda evaluación de riesgo expresa las probabilidades que tienen los inversionistas de perder dinero, ante lo cual existirá una mayor o menor necesidad de reducir o evitar las consecuencias de una eventual pérdida. Cuando el riesgo se refiere a un país en particular y quien lo mide es una entidad que busca colocar su dinero allí, ya sea bajo la forma de inversión financiera (préstamos) o productiva, esta entidad buscará reconocer, a través de la rentabilidad (porcentaje de ganancia que rinde un capital en un lapso de tiempo que generalmente suele ser de un año), el nivel de peligro que existe en esa nación. Si la rentabilidad que espera obtener al invertir no supera a la recompensa por asumir el riesgo de perder la inversión, entonces la entidad buscará otro lugar para llevar su dinero.

Cuando el riesgo sube hay dos efectos. Menos inversionistas dispuestos a asumirlo, y quienes estén dispuestos a invertir buscarán una alta rentabilidad (representada como una tasa de interés mayor).

Por otra parte el inversionista querrá recuperar su dinero más rápidamente. Invierte a corto plazo o presiona amenazando con buscar sus intereses en otros lugares involucrando un costo social que deberá pagar el país -el pobre-. Desempleo, menor exportación.

Para determinar la rentabilidad que se debe buscar, los inversionistas suelen usar como referencia el Indicador de Bonos de Mercados

Emergentes, calculado por el banco de inversiones estadounidense Chase-JP Morgan con base en el comportamiento de la deuda externa de cada país.

Ahí comienza a repuntar el fútbol. Entre menor certeza haya de que el país en estudio tiene capacidad y consenso para pagar sus deudas y cumplir con sus compromisos, más alto será el EMBI (que se mide en puntos) y será más bajo si el país es más solvente. Pero más y más fútbol. Messi anda con suerte. El jugador de fútbol aumenta la cotización en estas situaciones. El fútbol enloquece más que Wall Street.

Si el riesgo país se mezcla con los fines monetarios del Banco Central entonces el Banco Central preferirá no pagar con sus fondos sino con costo social. Se mantienen las reservas y se paga con presupuesto. Si se paga con presupuesto decrece la cantidad de dinero circulante y cae la inflación. Luego el banco central se fortalece y promueve indirectamente la inversión que traiga producción con bajos salarios y una moneda fuerte, o se recuperan créditos que endeudan, pero el banco central no se reciente porque el dinero entrante en inversiones es a largo plazo y con fines de fomentar inversiones en maquinaria que redunde en exportación. Por lo general la economía del país y el central se oponen para preservar una tensión que no devalúe pero que permita al ministerio de economía lograr resultados desarrollistas.

La crisis política del gobierno de Isabel-Estela Martínez de Perón llevó a que se vulneraran los derechos constitucionales con tal de que el proyecto obrero-marxista decayera. La persecución se incrementó y la pasión por lo nacional igualmente, con construcciones de estadios, glorias deportivas crecientes y construcción con préstamos. En el secreto de sus ojos los apasionados van del fútbol a la portación de armas para la represión. Se aseguraba mucha liquidez y falta de representación obrera. Espósito se tiene que ir, la doctora Menéndez se queda y Gómez sale de prisión por un crimen pasional confeso, para detener a los amparados en la justicia. El Banco Central lleva su política sin inflación, mientras la obra pública crece a base de préstamo internacional en un país confiable mientras durara la dictadura. Cuando la locura de ser un pueblo guapo nos llevó a Malvinas, se jugaba el mundial de España. Imposible creer en ganarlo pues el país estaba en riesgo.

Aldo Enrici

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PATAGONIA
AUSTRAL. UNPA

enrici_20@hotmail.com

Introducción al estudio del derby

Hasta la década de 1960 (cita Emile Benveniste a Harris en Problemas de lingüística general, México, Siglo XXI, 2001, T. I., p. 13) no podía confiarse en un estudio de la semántica de la cultura a partir de la descomposición de ésta en sus unidades constituyentes o discontinuas. Llega a parecer una postura dogmática de Harris para promover el lenguaje como fuente principal de la división de la cultura. Válido. En la relación lengua-sociedad, el objeto de denominación, que es el dato social, remite al hecho atómico, que es el dato aislado, en una sinergia perpetua que crea un inventario lexicológico de la cultura. Es así que Benveniste (op. cit. T. II, pp. 274 y ss.) promueve la inversión de la ciudad y de sus nociones vinculadas para leerla por medio de la 'derivación' empleando sus unidades discontinuas. De esta manera, el fútbol, abordado como objeto comunicante y funcional de la cultura, permite descomponerla en sus unidades discontinuas para detectar, a través de dicha deconstrucción, sus oposiciones.

El método anterior permite apreciar en el fútbol rivalidades que simbolizan lo esencial del pensamiento cultural.

La funcionalidad de esta simbología se encuentra en el derby, nombre dado a rivalidades ciudadanas (y en algunos casos interciudadanas, cuando representa un conflicto de identidades nacionales) que simbolizan oposiciones sociales, políticas, económicas, religiosas, raciales o culturales encontradas. El fútbol (como el club) queda así predispuesto como umbral superior de la cultura, no en cuanto que como fenómeno cultural puede estudiarse como contenido de una actividad semiótica, sino por ser un significado de la misma, ya que como objeto comunicante desempeña una funcionalidad: la de simbolizar la cultura.

Y mediante el derby brinda la posibilidad de exhibir, no de manera lúdica, sino a manera de combate prohibido fuera del campo por las normas sociales, la confrontación de las oposiciones.

Es el derby el símbolo cultural que aglutina varios significados independientes (señales), un integrador cultural, el paso del umbral inferior al superior de la cultura. No tiene

valor de oposición cultural ya que las oposiciones que confronta carecen de derivación.

Conclusión parcial es que al simbolizar el derby conflictos culturales, el fútbol, como institución social, no es una fuerza ordenadora, sino categorizadora de los desórdenes sociales. Éstos se encuentran representados en las rivalidades derbicas visto el fútbol en su función de objeto comunicante y funcional de la cultura y la descomposición que permite hacer de ésta para detectar oposiciones no advertidas. (No inventarlas, como podría pensarse en el caso de rivalidades distantes, pues en dichos casos, el fútbol funge como detector del nexo entre unidades que se sabían discontinuas pero no relacionadas entre sí.)

El derby permite, por su estructura, el reconocimiento de la sociedad como lengua. Esto basado el análisis en el aserto de Ferdinand de Saussure: "el problema lingüístico es ante todo semiológico [...] si se quiere descubrir la verdadera naturaleza de la lengua, hay que captarla primero en lo que tiene de común con todos los demás sistemas del mismo orden." Con ello, Saussure promueve considerar prácticas sociales, como los ritos y las costumbres, como signos para agruparlas en la semiología y explicarlas mediante las reglas de éste (cf. Curso de lingüística general, México, Nueva Universidad, p. 44).

Ya Benveniste (op. cit. T. I, p. 44) veía los anteriores principios fuera del ámbito lingüístico hacia las ciencias del hombre; estas adquirirían, con ello, consciencia de su propia semiótica. Porque la configuración del lenguaje determina todos los sistemas semióticos, que, empero, carecen de funcionalidad si operan individualmente. Es necesario, postula Iuri Lotman, sumergirlos en un continuum semiótico ocupado por formaciones semióticas en distintos niveles de organización, al cual llama semiósfera. Ésta, identificada con el espacio cultural, establece periferias territoriales (fronteras) a las que integra las unidades discontinuas de la cultura (cf. La semiósfera, Madrid, Cátedra, T. I, p. 22).

Antecedentes.

No existen estudios profundos del derby como simbolizador social. La Enciclopedia mundial del fútbol (Océano, Barcelona, 1985) apenas da un discreto contexto de las inmanencias del fenómeno; fue la revista mensual World soccer (Londres) la que entre octubre de 1995 y enero de 1998, presentó análisis del

tema (retomados en el 2003) a partir de la dialéctica que las ciudades con las mayores rivalidades del mundo, promueven mediante el derby.

En su estudio antropológico *Del juego al deporte*, el historiador francés Alfred Wahl testimonia al derby como símbolo de los fenómenos sociales, a partir de la victoria 0-5 del Barcelona en el estadio del Real Madrid el 2 de febrero de 1974, la cual fue vista como el símbolo de la transición política que vivía España en los estertores del franquismo.

La Gran enciclopedia del fútbol (Océano, Barcelona, 1982) es, parcialmente, un tibio estudio antropológico del fútbol, al presentarlo desde sus orígenes (que tuvieron "la complejidad de todos aquellos hechos humanos cuyos orígenes son imprecisos en el tiempo y en el espacio") en la China del siglo XXV a. C. y el Japón de esa época, testigo de un antecedente del fútbol, como castigo militar, así como en Grecia, Roma, Florencia y un espectacular juego maya (T. I, p. 2 y ss.), pasando, como Wahl, por su incrustación entre las prácticas sociales de Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XIX (donde, pese a su carácter "violento", es aceptado en las public schools, debido a sus "virtudes formadoras"; la institución en 1871 de la Fa Cup, el torneo más antiguo del mundo, estableció la rivalidad entre notables y obreros prototipo de la manifestación derbica en el mundo en el fútbol organizado), hasta la dialéctica social establecida con la construcción de estadios con capacidades para recibir a cientos de miles de espectadores, haciendo de esos escenarios, más si el deporte ha sido rasgo básico de una cultura, una proyección temporal, siendo el estadio la homología que en forma de transformaciones establece relación dialéctica entre el pasado y el presente: del Coliseo al estadio.

La *Roughe guide to european football*, introduce también en las dialécticas anteriores. Desde enero del año 2006 hasta marzo del 2007, la revista *Don balón* (Barcelona), publicó en su sitio de internet (www.donbalon.com) breves semblanzas de los grandes "derbies del mundo", sin excederse de datos estadísticos y cronológicos.

Justificación.

Este trabajo pretende ser apenas un esbozo de cómo mediante las herramientas sociosemióticas pueden resaltarse en una

medida justa -como ocurre con cualquier fenómeno, masivo o exclusivo, de la cultura- identidades sociales y culturales mediante las nociones vinculadas de una ciudad, como los equipos de fútbol.

El presente estudio, en todo caso, busca la particularidad de abordar el fútbol más allá de los textos convencionales sobre el tema, los cuales, por estar pensados como material de entretención, inhibiendo el análisis, obvian un sostén teórico en la promoción de las rivalidades. En las del derby, empero, un panorama próximo al que se pretende aquí, es una herramienta a la cual acuden los medios de difusión para involucrar al espectador e incentivar integraciones culturales hacia las ideologías que confronta un derby. La centralización de la atención en un derby, llega a derivar en situaciones de alteración del orden social o de mantener la conciencia del público en un estado medio estacionario por la expectación que le crean los medios, creadores, en muchos casos (como en México, donde casi cada partido es promovido como "clásico" aunque sea la primera ocasión que dos equipos se enfrenten) de estas rivalidades para tener un producto estelar: el derby llega a ser la fuente de mayor ingreso en una temporada para las cadenas televisivas, así como el motivo de mayor venta de periódicos. Se estudia aquí al derby como fenómeno innato de la cultura, y cómo los verdaderos derbies no requirieron de impulso televisivo para establecer o descubrir oposiciones sociales y culturales a las que se adhiere gente afiliada a un equipo por convicción de identidad cultural, nunca por los resultados favorables de un equipo -como consigue la televisión- involucrándose en la mitología de un club, y, consecuentemente, con los valores que éste representa en su entorno, llegándolos a adoptar como propios. Esto último no corresponde a las inmanencias del derby, el cual hay que estudiar como uno de los elementos mediante los cuales perduran prácticas, identidades e ideologías sociales y culturales arraigadas.

Hipótesis.

Los equipos protagonistas de los derbies establecen una dialéctica cultural al trasladar a un terreno de juego conflictos sociales prohibidos fuera de un campo de fútbol.

Pregunta de investigación.

¿Es el fútbol un objeto comunicante y funcional de la cultura y por lo tanto, un integrador de la misma a partir de sus

equipos, los cuales fungen como elementos icono-lingüísticos que la simbolizan?

Objetivo general.

Demostrar la función social del derby.

Objetivos específicos.

- Analizar el fútbol como integrador de identidades culturales.
- Como reproductor de ámbitos sociales.
- Como ideología y símbolo de conflictos sociales.

Delimitación.

Los ojos del aficionado promedio condenarían justificadamente de este estudio, pobreza de bibliografía futbolística al haberse tomado, mayoritariamente, la más conocida y reconocida en español, en una época donde abundan textos sobre diversos clubes, aunque no precisamente antropológicos. El análisis, empero, por ser de éste tipo y estar vinculado a lenguajes sociales, se basta con un contexto somero, pues el análisis requiere de herramientas como las de la llamada sociocrítica.

Este estudio se limita al estudio de los derbys con una carga semántica universal: que contengan inmanencias y oposiciones propias de todas las sociedades (las mencionadas: sociales, políticas, económicas, religiosas, raciales o culturales), no solo particulares, pues el objetivo específico así lo reclama.

Las rivalidades a analizar, seguido de un análisis sistemático de una ciudad (Morelia) para determinar inmanencias del derby, son:

Real Madrid-Barcelona (España; conflicto de identidades nacionales).

Ajax-Feyenoord (Holanda; la dialéctica del estadio).

Celtic-Rangers (Glasgow; conflictos religiosos: católicos versus protestantes).

Nacional-Peñarol (Montevideo; conflicto de clases y discriminación racial).

Boca Juniors-River Plate (Buenos Aires; desplazamiento del significado de la ciudad por el del derby, y la desaparición social del concepto de barrio).

Bibliografía básica.

Arpal Poblador, Jesús, Las ciudades, Barcelona, Montesinos, 1987.

Barthes, Roland, La aventura semiológica, trad. de Ramón Alcalde, Barcelona, Paidós,

1997.

Benveniste, Emile, Problemas de lingüística general, II T., trad. de Juan Almeda, México, Siglo XXI, 2001.

Eco, Umberto, La estructura ausente, trad. de F. Serra Cantorell, Barcelona, Lumen, 1999.

- Signo, trad. de F. Serra Cantorell, Barcelona, Labor, 1981.

- Tratado de semiótica general, trad. de Carlo Mazoni, Barcelona, Lumen, 1977.

- Greimas, Algirdas J., Semántica estructural, vers. esp. de Alfredo de la Fuente, Madrid, Gredos, 1987.

- Lotman, Iuri M., La semiósfera, II T., trad. de Desiderio Navarro, Madrid, Cátedra, T. I, 1996, T. II, 1998.

- Saarinen, Eliel, La ciudad, vers. esp. de Fulvio Zama, México, Limusa, 1967.

Bibliografía de apoyo.

Enciclopedia mundial del fútbol, Barcelona, Océano, 1985.

Fairley, Alan, Soccer cities, en World soccer, V. 36-7, y 37-1, Londres, 1996.

Gran enciclopedia del fútbol, V. I, XVI Y XVII, Barcelona, Océano, 1982.

Grandes clubes del fútbol mundial, los, II T., Madrid, Universo, 1991.

Hamilton, Gavin, Soccer cities, en World soccer, V. 36-12 y 37-5 Londres, 1996 y 1997.

Wahl, Alfred, Del juego al deporte, trad. de Francesc Reyes, Barcelona, Gallimard, 1998.

Milton R. Mendoza

a3260147@gmail.com

Morelia, México. Periodista cultural.

El momento de ser felices

Era sabido que el viejo se iba a morir de un infarto, lo que no sabíamos era cuando. Nunca se sabe hasta que el fiambre está ahí, y ya estás llamando la ambulancia, al pedo porque ya el tipo está muerto, solo para certificar que lo está, para cumplir con el trámite, luego llamar a la empresa fúnebre para que se lo lleve. Aunque con mi tío nos quedará siempre la duda si mi viejo, su hermano, hubiera tenido más oportunidades si hubiésemos llamado a la ambulancia antes.

El viejo ya había tenido dos infartos y un preinfarto antes, todos ellos habían tenido que ver con el fútbol, en el primer ataque el médico le dijo que dejará de fumar, el viejo se lo pasó por el culo ya que siguió fumando como un escuerzo, en las posteriores visitas el médico lo conminó a que largará el vino, y tampoco obedeció “ahora falta que me digan que no puedo coger” me dijo al salir del hospital, pero de todas sus restricciones la que mas le dolió fue cuando no lo dejaron volver a ir a la cancha porque el penúltimo ataque, antes de que sucediera el fatal, se lo había dado la selección, al clasificar con un gol agónico en el último minuto, fue demasiado para el viejo, yo estaba al lado, empapados los dos porque llovía a cantaros en el estadio y el viejo me decía:

- Me voy a morir, pibe, me duele mucho el pecho y el brazo, pero por lo menos pude ver el gol de Palermo que nos clasificó para el mundial.

Pero esa vez no se murió, logro salir porque lograron llevarlo al hospital a tiempo. Pero cuando volvimos a Buenos Aires el cardiólogo le dijo que nunca más pisara una cancha y de ser posible que no viera el fútbol, “Usted es un calentón, Echeverrri, si fuera un tipo tranquilo le dejaría ver los partidos. Yo le aviso, usted haga lo que crea más conveniente” aún estaba asustado del último ataque y empezó a fumar y beber menos, dejó de ir a la cancha pero no podía evitar ver los partidos en la tele, “es lo único que me queda” decía cuando le recordábamos las palabras del médico.

Me acuerdo de la frase de mi viejo cuando finalizó el Mundial 86: “ahora tenemos que esperar cuatro años para volver a ser felices”, no fue tan así el resto de los mundiales, durante los partidos de la selección nos sentábamos mi tío, mi viejo, y yo en el sillón del comedor, siempre fue así por cábala, incluso con las mismas camisetas

desgastadas donde ya el celeste se empezaba a volver blanco. Compramos para este mundial un televisor de pantalla gigante en una cantidad de cuentas increíbles, pero no importaba si no sabíamos cómo íbamos a pagarlas, ahora la felicidad estaba de vuelta en nuestras vidas, en las calles la gente se paraba a ver los partidos en la vidriera, incluso de países que solo conocía por nombre, el vagabundo al lado del hombre de negocios, el infante al lado del viejo, “si había algo que unía a la gente, eso era el mundial”, por lo menos así lo creía mi viejo.

La tarde que pasó todo habíamos pasados a cuartos de final e íbamos empatados a cero en el primer tiempo, fue cuando el equipo contrario, esos hijos de..., metieron el gol a los 32 minutos, los muy hijosderemilputasylarecalcadamadrequelosparioatodosellosysupatrianatal... en ese momento fue cuando mi viejo tuvo el infarto, “me duele el pecho, pibe” me dijo con los ojos llenos de lagrimas. El partido estaba peliagudo, yo no me iba a mover de mi lugar y mi tío menos, la regla era que no había que levantarse durante todo el partido, así habíamos llegado a cuartos, el viejo lo sabía y estaba llorando, tuvo un estertor más, “aguanta un poco viejo vos podes” le dije pero se desplomó arriba de la tablita con el salmín que casi ni habíamos tocado, así de bueno estaba el partido. Agarramos a mi viejo con mi tío y lo colocamos para atrás acomodándolo en el sillón, me parece que todavía respiraba. Nos cobran una falta a nuestro favor cerca del área chica del arco contrario, justo cuando está a punto de terminar el primer tiempo, en ese breve instante que se preparaba la barrera y se aprestaban para tirar nos miramos con mi tío, vimos y oímos el último suspiro del viejo, nos miramos de vuelta y luego clavamos la vista en la pantalla. Fue un golazo, en el ángulo, nos abrazamos con mi tío, abrazamos a mi viejo muerto, sabía que él lo entendería, pero todavía faltaba el segundo tiempo, acomodé mejor a mi viejo, y le saqué la rodaja de salmín que tenía en la frente. Ya llamaríamos a la ambulancia cuando terminará el partido, al pedo porque ya el tipo estaba muerto, solo para certificar...

C. Pablo Lorenzo

lorenzopablo10@yahoo.com.ar

EDITORIAL

PAPIRANDO 10 – Fútbol (Revista Literaria de distribución gratuita)

Colaboraron para armar este número:

Silvana Torres - Adrián Tanus - Beatriz Chiabrera de Marchisone - DCF - Jorge García Borrego - Marcos Polero - Alejandro Rostagno - Héctor Bucossi - Carolina Fernández Gaitán - Daniel de Cullá - El Tío Carril - Eugenio Castro - Rafael Urretabizkaya - Ruth Ramanauskas - Gustavo Javier Araujo - Leva Cosanovich - Ricardo Gabriel Zanelli - Liliana García (Rincón Hoja en Blanco) - Aldo Enríci - Milton R. Mendoza - C. Pablo Lorenzo



No es casualidad que la revista salga en junio, justo cuando empieza el mundial. Hay que estar en el momento justo para llegar a la mayor cantidad de gente posible, sobre todo tratándose de una propuesta de lectura que suele ser descartada de plano antes de tomarse el trabajo de bajar el archivo, y aún bajándolo, leerlo es otro tiempo del cual casi nadie parece disponer. Lo entiendo. Me costó muchísimo separar el material y otro tanto armarla pero he quedado conforme con el contenido. Anteriormente he pecado de optimista con respecto a la llegada que tiene Papirando, además del conocido impedimento de algunos lectores a leer en pantalla, el imprimirla es un costo que también se suma a las desventajas. Ante este panorama poco prometedor lo único que queda es la literatura misma como impulso

para continuar y cierta tozudez asnal. En general se trata de una difusión de textos ajenos y rara vez míos, está claro entonces que no se trata de una cuestión de alimentar el ego propio, aunque confieso que hay cierto orgullo personal en que la revista se posicione dentro de un espacio, que comparte con muchas de las de su tipo, y que mejora la calidad en cada edición.

Hemos dado un paso más en reafirmar la revista ya que hemos tramitado y conseguido el número de ISSN como se puede observar en la portada. Y de forma personal me agrada que dos vecinos de Río Gallegos hayan participado en este número.

En este número hay muchos cuentos ya editados, algunos premiados, escogidos entre una cantidad cada vez más creciente de colaboraciones. El material recibido que no se publicó no fue descartado y puede ser utilizado en futuras ediciones, es decir que no desesperen aquellos que enviaron textos y no han sido publicados. Volvió la sección **Hoja En Blanco** de Liliana García, y continuamos con la tendencia a utilizar material genuino y autorizado en textos e imágenes. Silvana Torres hizo las fotos sólo para este número cuya calidad de imagen tuve que alterar para que la revista no pesara tanto, ya veremos como mostrarlas con sus píxeles correctos. Por lo demás es una revista que da gusto leer, y puede que le saque algunas sonrisas o deje algunas reflexiones sobre el mundo futbolístico. Tómese un tiempo y leala, deje pasar las páginas hasta que de con algo que le interese, para eso son las revistas, pero sobre todo lea, aunque sea otra cosa.

El próximo número saldrá en Agosto del 2010 y se titulará "**Mujeres**" por lo que desde ahora y hasta el día 1° de Julio de 2010 se recepcionará el material alusivo, puede ser escrito por mujeres, o referente a mujeres, usted verá, aquí abajo esta el mail de contacto para enviarlo.

C. Pablo Lorenzo

Coordinador Literario

Editor

lorenzopablo10@yahoo.com.ar

<http://tallerliterariorg.blogspot.com/>

A modo de índice:

Silvana Torres – silvanatorreso@gmail.com

Para hacer las fotos de éste número recorrí distancias de tiempo y espacio, experimenté la adrenalina de un estadio de fútbol en las gradas populares y caminé por los hogares comunes, la vida diaria me regaló un fútbol en lugares impensados, inadvertidos, insospechados, encontré la pasión en medio de la puna jujeña o en los patios de las casas de Río Gallegos, en un recuerdo gastado de la amazonía peruana y en el televisor de algún comedor de paso en la Patagonia Argentina; comprendí entonces que la energía del fútbol, inunda los rincones para trascender los problemas cotidianos y así invadir los momentos de sabor a esperanza. (Sus fotografías están marcadas)

Poeta y artista plástica – Río Gallegos – Santa Cruz – Argentina

<http://silvana-torres.artelista.com>

<http://cocinadeletras.blogspot.com/>

Excepto las páginas 2 y 3 la gráfica de Papirando 10 pertenece a esta artista.

Adrián Tanus - adrianmt2000@yahoo.com.ar

Nacido en 1970, estudié periodismo en TEA y actualmente estudio cine. Tengo dos libros publicados de manera independiente: "Siete y el arquero" y "Diecisiete".

Papirando 10: "3 Fla - Flu" - (de "Diecisiete") Pág. 2

Beatriz Chiabrera de Marchisone - zybmarichisone@mmcdigital.com.ar

Integrante de 9 antologías cooperativas con poesías y narrativas en editoriales argentinas. - Autora del libro de poesía y narrativa: "Sentate que te cuento"- Editorial de los cuatro vientos- Buenos Aires- 2009- presentado en la 35ª Feria Internacional del Libro 2009 en Buenos Aires. - Autora de 7 obras de teatro llevadas a escena bajo su dirección con actores de se pueblo. - Integrante de colecciones literarias publicadas por diarios de circulación de la zona. La autora nació en Clucellas, Pcia. de Santa Fe, el 8 de junio de 1964. Es profesora de Inglés y ejerció la docencia en su pueblo.

Papirando 10: "Toma mi mano" – Pág. 4

DCF - DCF2008@hotmail.es

Cuento con Mención de Honor. Concurso Literario del 2008 de Paco Espinola 2008 – Uruguay

Papirando 10: "Política Deportiva" – Pág. 3

Jorge García Borrego - gtorrego@hotmail.com

2009/2010: Curso de escritura creativa con la escuela FUENTETAJA.

2008: Taller Literario "Género y creación" con las escritoras María José Carcione y Marcela Muñoz Molina en Santiago de Chile.

2008: Taller de escritura creativa en el Ayuntamiento de Torrelaguna, provincia de Madrid, con la escritora Patricia Sánchez-Cutillas.

2006: V Jornada de Lengua y Comunicación en la Universidad CEU San Pablo en Madrid.

2010: Publicación de poemas en el libro «Selección de poemas de 10 autores» de la editorial KIT-BOOK con ISBN: 978-84-92808-29-8

2010: Publicación de relato "Hombre lobo 2.0", en el libro "Cuentos alígeros" de la editorial HIPÁLAGE con ISBN: 978-84-96919-26-6.

2010: Publicación en revista digital de pensamiento "Antroposmoderno" con el artículo la Actualización del concepto Aura.

2010: Publicación en revista digital dedicada a la producción literaria, con el relato "El café de los escritores".

2009: Práctica en periódico Liberación con sede en Malmö, Suecia. Septiembre a Diciembre.

2008: Colaborador con el periódico virtual de la población de Torrelaguna, Madrid.

2008-2010: Blog con producciones propias y con contenido artístico.

2005: Colaborador del periódico local de Torrelaguna "La Espadaña".

- Ganador del XVI Premio Internacional de relato Hiperbreve *Círculo Cultural Faroni*, con sede en Madrid, España, con el relato "Volver a casa".
- Segundo Premio Adulto del Concurso Literatura Express 2009 publicado en la revista mensual CARTAPACIO
- Ganador del primer premio de adultos del concurso literario de cuento Juan de Mena de Torrelaguna (Madrid).
- Finalista del 1er Certamen THElunes, en las categorías de relato corto y relato de humor.
- Publicación en "Cuentos ligeros", de la editorial Hipalage, gracias al resultado obtenido en el "Tercer premio de relatos Algazara".

Papirando 10: "La pesadilla de Cristiano Ronaldo" Pág. 6.

Marcos Polero - marcospolero@hotmail.com

Papirando 10: "El diez" Pág. 7

Alejandro Rostagno - roxta26@hotmail.com

Papirando 10: "El juez de línea bajo el influjo del efecto doppler" – Pág. 9

Héctor Bucossi - hbucossi@yahoo.com.ar

Papirando 10: "Fanatismo en el fútbol" – Pág. 11

Carolina Fernández Gaitán - carofergai@gmail.com

Papirando 10: "Cosas del destino" – Pág. 12

Daniel de Cullá - gallotricolor@yahoo.com

Papirando 10: "Interpretación Holística del Fútbol" – Pág. 14

El Tío Carril - eltiocarril@hotmail.com

<http://eltiocarril.wordpress.com/2009/09/05/el-pibe/>

(Publicado en "El último empujón", El Escriba, 2001)

Papirando 10: "El pibe" – Pág. 15

Eugenio Castro - ecakango@gmail.com

Papirando 10: "El día que entendí de que trataba el fútbol" – Pág. 17

Rafael Urretabizkaya - rafabzk@smandes.com.ar

Publicado en el libro *"Te agarro a la salida"* – Corregidor - 1998.

Escritor de San Martín de los Andes.

Papirando 10: "El gol" – Pág. 26

Ruth Ramanauskas - ruthiekas@yahoo.com

Autora de "La Trampa del Sueño Americano", Aguilar, 2009.

Papirando 10: "Soy mujer" – Pág. 27

Gustavo Javier Araujo -
gustavojaraujo40@yahoo.com.ar

Tiene 45 años, vive en Mar del Plata, es autor de cuentos principalmente de humor, tiene publicados trabajos en varias antologías y revistas literarias. Formó parte del grupo Delapalabra coordinado por Marcela Predieri y está encargado de la sección humor de la Revista La Avispa que se edita en formato libro. Solicita le manden a su mail cuentos de humor aquellos interesados en publicar.
www.delapalabra.com.ar

Papirando 10: "Nada más que un gol" – Pág. 28

Leva Cosanovich - levacosanovich@hotmail.com
www.arduosmonumentos.blogspot.com

Papirando 10: "Alguien" – Pág. 30

Ricardo Gabriel Zanelli - ricardozanelli@gmail.com

Argentino, 47 años, casado, dos hijos, cuatro gatos. Abogado, nacido en Rosario y residente en Córdoba desde hace 42.

Antecedentes literarios: - Cuentos y ensayos breves en revista Cuásar (Bs. As.) - Cuentos publicados en diarios La Voz del Interior y Hoy Día Córdoba (Córdoba). - Cuentos publicados en Revista Axxón (Bs. As.). - LA RULETA RUSA DEL TIEMPO (Cuentos) 2004

Papirando 10: "El clasico" – Pág. 32

Rincón Hoja en Blanco – Liliana García -

rincon_hojaenblanco@yahoo.com.ar

Papirando 10: "Entropía" – **Leonardo Plata** – Pág. 37

Chus Canal - chus_canal@yahoo.es

Papirando 10: "Fútbol en Unquera" – Pág. 38

Revista Psicoactivo – México - mariotmx@yahoo.com

Papirando 10: Recomendaciones – Pág. 38

Aldo Enrici - enrici_20@hotmail.com

UNPA – Universidad Nacional de la Patagonia Austral

Río Gallegos – Santa Cruz – Argentina

Papirando 10: "El secreto de sus ojos, en la verdad de lo que ven los nuestros. Una trama criminal de lo más común. Pistas futboleras para un policial" – Pág. 39

Milton R. Mendoza - a3260147@gmail.com

Papirando 10: - "Introducción al estudio del derby" – Pág. 41

Morelia, México. Periodista cultural

C. Pablo Lorenzo – lorenzopablo10@yahoo.com.ar

Papirando 10: "El momento de ser felices" – Pág. 44

Papirando 10: "Editorial" – Pág. 45

INDICE - Papirando 10 - Pág. 46

Staff:

Editor: Carlos Pablo Lorenzo

ISSN 1853-0109

Editorial: Biblioteca Popular Municipal "Sofía Vici de Cepernic" – Calle Costa Rica y Bella Vista S/N , Código Postal 9400 – Río Gallegos – Provincia de Santa Cruz – Argentina – Tel. 02966 – 425003

Revista Papirando 10 – Fútbol // Revista Literaria Bimensual de distribución gratuita – Formato pdf // Año II N° 10 – Junio de 2010 // Editor responsable: Carlos Pablo Lorenzo – lorenzopablo10@yahoo.com.ar // Página web: <http://www.tallerliterariorg.blogspot.com> // Río Gallegos – Santa Cruz – Argentina